BATALLA DE SAN QUINTIN.

BATALLA

DE

SAN QUINTIN,

escrita y publicada en el periódico militar

LA ASAMBLEA DEL EJÉRCITO Y ARMADA.

POR EL CORONEL DE CABALLERÍA

D. FEDERICO FERNANDEZ SAN ROMAN,

DEL CUERPO DE ESTADO MAYOR.

Ilustrada con tres láminas y curiosos documentos justificativos.

MADRID:

Establecimiento tipográfico de Vicente, y Lavajos,
calle de Preciados, núm. 74.

1863.

AL EXCMO. SR. MARISCAL DE CAMPO

D. EDUARDO FERNANDEZ SAN ROMAN

como prueba de cariño.

SU AMANTE HERMANO

Federico.

I.

INTRODUCCION.

Entre los sucesos notables que registra en sus páginas la historia de España, figura como uno de los más importantes la batalla de San Quintin, ocurrida el 10 de agosto de 1557, hecho memorable con que se inauguró un poderoso reinado, que dió lugar á la construccion de un grandioso monumento, y que fué orígen de una frase popular, [1] con la que se ha llegado á perpetuar su recuerdo, tanto ó más que si viniera trasmitido en mármoles y bronces.

Los estranjeros que viajan por España vienen á

[1] Nada más conocido ni usual que oir: *Se armó la de San Quintin, habrá la de San Quintin*, etc., etc., locuciones todas que revelan desde luego que debió ser mucho y muy grande lo que allí sucedió.

ver las Andalucías, las catedrales de Búrgos y de Toledo y el Escorial, y cuando visitan este monasterio, antes de admirar la obra de Herrera, y aquel tesoro de bellas artes, empiezan por saber que se erigió en memoria de la batalla de San Quintin, de cuya descripcion está encargado un *cicerone* ignorante y rutinario, [1] que á manera de escolar señala con un puntero en la sala de las Batallas las situaciones y peripecias del combate, repitiendo un dia y otro con monótono acento y sin coociencia de lo que dice, lo que oyó á su antecesor, ó lo que le enseñaron, si es que no hace su relato en el lienzo de la batalla de Higueruela entre moros y cristianos, como ya ha sucedido.

Cuando se nombra al rey D. Felipe II, dícese generalmente que su política y carácter están materialmente simbolizados en el severo monumento que mandó construir para eterna memoria del triunfo que las armas españolas alcanzaron en San Quintin.

Al evocar el recuerdo de Cárlos V, se lamenta que tan poderoso Emperador no hubiera sido el héroe de aquella jornada, porque otras muy favorables habrian tambien sido las consecuencias de la

[1] Sabido es que en el Escorial estuvo mucho tiempo encargado de enseñar á los viajeros parte de las curiosidades del monasterio el popular y notable ciego Cornelio, al que sustituyó despues un rudo pastor de prodigiosa memoria.

victoria para España, y mucho más funestas para la Francia.

Con varios motivos, en diferentes ocasiones, y por mucha gente, en una palabra, se reproduce el nombre de San Quintin, rodeado siempre de circunstancias tan gloriosas, y adquiriendo proporciones tan grandes, que bien merece analizarse el asunto y tratarlo militarmente, ya que ningun libro español de los muchos que refieren el caso lo hace más que como episodio histórico. [1]

Dudo mucho el haberlo conseguido, pero ofrezco á los lectores de LA ASAMBLEA el resultado de mis investigaciones, para que otros más doctos y plumas mejor cortadas, puedan ordenar estos apuntes y completar lo que yo no haya logrado referir, quedándome la única satisfaccion de haberlo intentado, y de poner de manifiesto lo que yo he llegado á saber de esta batalla, reuniendo los muchos datos que en libros, archivos y planos andan esparcidos por bibliotecas particulares y públicas de nuestro pais y del estranjero.

Habria desistido de este trabajo si no me hubieran alentado á emprenderlo y facilitado gran nú-

[1] El único libro que trata esclusivamente de este asunto, se vende en la misma ciudad de San Quintin, y se titula *Siége de Saint Quentin*, edicion de 1859, obra ilustrada con cuatro planos interesantes, publicada por el editor Gomart.

mero de noticias importantes, [1] los Excmos. señores marqués de Guad-el-Jelú, D. Alejandro Llorente, y los Sres. D. Pascual Gayangos, D. Crispin Jimenez Sandoval y D. Aureliano Fernandez Guerra, cuyos nombres tengo un deber de consignar aquí como débil muestra de reconocimiento y consideracion.

Antes de hacer el relato del hecho militar, conviene dar á conocer la situacion en que se hallaban las partes beligerantes, las principales figuras de la época, y la série de acontecimientos que condujeron eslabonadamente á tan renombrado suceso.

[1] Muchos y ricos documentos se me han proporcionado del Archivo de Simancas, pero no todos los que debiera de haber, porque segun consta de oficio, se hallan distribuidos en varios archivos de Francia más de 300 legajos de la época de Felipe II, que no se han restituido á España, á pesar de las reclamaciones que en distintas ocasiones se han hecho.

II.

Abdicacion de Cárlos V.

El emperador Cárlos V, tenaz y consecuente en la idea de concluir sus dias en un monasterio, determinó llevarla á cabo en fines de 1555. Este firme propósito que concibió en 1535, y que en 1547 quiso realizar, [1] lo conservó mucho tiempo, esperando la ocasion más favorable para dar á su imperio un sucesor que lo mantuviera con toda la esplendidez y gloria de que él lo habia rodeado en el espacio de 30 años. Su hijo D. Felipe, que á la sazon contaba 28 de edad, casado en segundas nupcias con María Tudor, reina de Inglaterra, se hallaba adornado de todas las dotes necesarias para regir los destinos de tan vasta monarquía, como lo venia acreditando desde los 15 años que tuvo á su cargo la administracion de las provincias de Espa-

[1] Mignet, autor de la obra *Charles Quint son abdication, son séjour et sa mort au monastère de Yuste*, págs. 6 y 246.

ña por delegacion de su padre, y por cuya sabiduría, tino y precoz inteligencia en la difícil tarea de gobernar, llamáronle entonces *el futuro heredero del mundo y la esperanza del siglo*, cuyo nombre se trocó más adelante por algun historiador en el de *Cabeza de hierro*.

Otro de los miramientos que retrajeron al Emperador largo tiempo de abdicar, era la enajenacion mental de su madre doña Juana, de la que no hubiera sido posible alcanzar el consentimiento para que su nieto la heredase en vida, pues que, á pesar de su lamentable estado, hacia 50 años, creia estar reinando con su hijo, pero este inconveniente cesó por el fallecimiento de aquella señora, acaecido en abril de 1555 en Tordesillas.

Hubiera querido Cárlos V entregar el imperio en completo reposo; mas sus tentativas para consolidar un arreglo con la Francia, y evitar el desacuerdo que presentia con Roma, se le frustraron, y vencido por los padecimientos de la gota que desde edad de 30 años le consumian y aceleraban su muerte, hizo venir á su hijo que estaba en Inglaterra, y el 22 de octubre [1] del referido año confirió á

[1] No es posible asegurar si fué el 22, 25 ó 28 de octubre la fecha exacta de la abdicacion por las diferentes noticias que dan los más acreditados historiadores.

D. Felipe el gran Maestrazgo del Toison de Oro, y el 25 renunció en su favor el dominio de Flandes, haciéndolo pocas semanas despues, el 16 de enero de 1556, de las coronas de España y todos los territorios que de ella dependian.

Fué la ceremonia tan solemne como el caso lo requeria, y el Emperador se fué á despedir de sus vasallos con la misma pompa y majestad con que habia reinado. En el salon principal del palacio de Bruselas, adornado suntuosamente, se levantó un trono sombreado por un magnífico dosel con las armas de Borgoña, y en frente se veia el sitio destinado para los diputados de las 17 provincias de los Paises Bajos, que anticipadamente se habian convocado para este acto. Sentado el Emperador, y teniendo á la derecha á su hijo, y á la izquierda á su hermana María, reina viuda de Hungría, regenta de los Paises Bajos, espuso Filiberto de Bruselas, Presidente del Consejo de Flandes, en pocas palabras el objeto de aquel estraordinario llamamiento, leyendo despues el acta de renuncia, por la cual cedia el Emperador sus dominios, jurisdiccion y autoridad sobre aquellos paises á su hijo D. Felipe, que ya se hallaba investido de las soberanías de Milan y Nápoles desde su casamiento con María de Inglaterra. Relevaba á sus vasallos de la obediencia que

le debian, para que se la tributasen á su heredero, con el mismo celo y fidelidad que habian demostrado á su persona. [1] Concluida la lectura del Presidente, levantóse Cárlos V, y apoyando su brazo izquierdo en la espalda del príncipe de Orange, y la mano derecha en un baston, con pausado acento y manifiesta incomodidad por la postracion en que se hallaba, y consultando unos apuntes que para ayudar la memoria traia, enumeró en idioma francés á la Asamblea, y en una peroracion nada presuntuosa, cuanto habia hecho desde la edad de 17 años que empuñó las riendas del Estado, consagrando su vida y su reposo al engrandecimiento del imperio, habiendo pasado en paz y en guerra nueve veces á Alemania, seis á España, cuatro á Francia, siete á Italia, diez á los Paises-Bajos, dos á Inglaterra, dos á África, y por último, que habia atravesado once veces el mar. Añadió que si todo lo habia sacrificado por el bien y prosperidad de sus pueblos, mientras tuvo salud, no queria sostener el cetro con mano débil, y que agobiado por sus pertinaces é incurables padecimientos, y próximo á bajar al se-

[1] *Sandoval.*—Historia del emperador Cárlos V, lib. 22, págs. 465.
Robertson.—Lib. 11, t. 4.°, pág. 237.
Prescott.—Historia de Felipe II, traducida por Rossell, t. 1.°, páginas 10 y siguientes.
Strada.—Historia de las guerras de Flándes, t. 1.°, págs. 6, 7 y 8.
Cabrera.—Historia de Felipe II, págs. 31 y 32.

pulcro, se anticipaba á dejar el mando, depositando la pesada carga del gobierno en los robustos hombros de su hijo.—Volviéndose despues á D. Felipe que se hallaba arrodillado, y besándole la mano, le dijo: «Si no os dejare más que por mi muerte esta »rica herencia que he acrecentado tanto, debe»ríais algun tributo á mi memoria; más cuando os »resigno lo que hubiera podido conservar aún, »tengo derecho á esperar de vos el más profundo »agradecimiento. Sin embargo os eximo de él, y »miraré vuestro amor á vuestros súbditos y vuestro »desvelo por hacerlos felices, como las más fuertes »pruebas de vuestro reconocimiento. A vos toca »justificar la señal estraordinaria que os doy ahora »de un afecto paterno, y mostraros digno de la con»fianza que hago de vuestra cordura. Conservad un »respeto inviolable á la religion; mantened la fé ca»tólica en toda su pureza; que las leyes de vuestro »pais os sean sagradas; no intenteis nada contra los »derechos y privilegios de vuestros súbditos; y si »llega un tiempo en que deseeis gozar, cual yo, de »la tranquilidad de una vida particular, ¡ojalá que »tengais un hijo que merezca por sus virtudes que »vos le renuncieis el cetro con igual satisfaccion que »yo pruebo en cedéroslo!....» [1]

[1] *Sandoval.*—Libro 22, pág. 467.

Así que concluyó de hablar, cayó desplomado en el sillon, *y se le puso el color del rostro mortal y quedó grandemente descaido* [1] por el esfuerzo que habia tenido que hacer. Los circunstantes derramaban copioso llanto por la admiracion que les causaba tan grande majestad, deponiendo con tan sublime abnegacion todos los elementos de su gloria y poderío, y al ver el acendrado amor que demostró á su hijo, y la sabiduría de sus consejos. Felipe, que permaneció de rodillas mientras su padre hablaba, dióle gracias con voz sumisa por la merced que recibia de su bondad sin ejemplo, y conmovido el Emperador, mas no queriendo que las lágrimas desautorizasen en cierto modo la entereza que habia demostrado en la renuncia, se retiró diciendo: «*Que»daos á Dios, hijos, quedaos á Dios, que en el »alma os llevo atravesados.*» [2]

De esta manera se alejó aquel poderoso monarca á la edad de 56 años del trono, cuyo esplendor alcanzaba á dos hemisferios: así cambiaba la púrpura de los Césares por el hábito de un monje, y envainó su espada el intrépido guerrero y agitador de aquel siglo, que pretendió hacer de Europa una sola monarquía con una sola religion. Así por fin,

[1] *Robertson.*—Tomo 4.º, pág. 240.
[2] *Sandoval.*—Pág. 467.

sediento aun de gloria de más alto precio, trocaba la ruidosa de los combates y del conquistador por la de la penitencia [1] y consagracion á Dios; ¡y quién sabe si agotadas sus fuerzas físicas, se mantenian en todo su vigor las intelectuales, más irritadas quizá por la lucha con su impotencia, y sin poner dique á sus ambiciosos pensamientos, antes bien dejándolos correr más libremente, satisfizo una última vanidad, la de escitar la admiracion del mundo con tan espontáneo alejamiento! Sea porque temiera que la fortuna, como dijo delante de Metz, *le fuese adversa, porque era una cortesana que no favorecia más que á la juventud*, sea porque efectivamente sus crueles padecimientos de la gota y anticipada decrepitud le obligasen á dar este paso, es innegable que aquel astro fué tan grande y esplendente en su ocaso como lo habia sido en su apogeo; y filósofo ó cristiano, hábil ó desengañado, ó todo junto á la vez, *Cárlos I de España, Emperador invicto de Alemania*, descendió del trono por su voluntad para retirarse y morir en el monasterio de Yuste, elegido y preparado por él mismo hacia mucho tiempo.

[1] Mortificó su cuerpo de tal manera en los últimos dias de su vida, que despues de su muerte se encontraron unas disciplinas ensangrentadas, que Felipe II conservó y trasmitió á su hijo.—*Sandoval*, pág. 472. —*Robertson*, t. 4.°, pág. 302.

Despues de dos tentativas para que el imperio de Alemania lo cediese tambien su hermano D. Fernando, rey de romanos, en favor de Felipe, viendo que no lo conseguia, lo renunció por último en aquel, y de este modo completó el gran deseo que siempre manifestó de despojarse de todo, reservándose únicamente de su grandeza veinte mil escudos al año para sus gastos y asistencia en el monasterio, consignados sobre el producto de las minas de Guadalcanal.

Al dia siguiente de la abdicacion fué consagrado Felipe II como rey de aquellos Estados, y el Emperador fué á vivir á una modesta casa que habia hecho construir en un estremo del parque de Bruselas, cerca de la puerta que conduce á Lovaina, donde esperaba el buen tiempo para regresar á España, pudiendo entretanto ser útil á su hijo en la direccion de los negocios. Por fin el 28 de agosto de 1556 partió de Bruselas, acompañado de sus dos hermanas las reinas viudas de Francia y de Hungría, seguido de 150 personas de su servidumbre, entre ellas su mayordomo mayor, el coronel D. Luis Quijada y su secretario Martin de Gaztelú, á cuyos dos personajes debe la historia numerosos y preciosos datos acerca del último período de la vida de aquel grande hombre.

III.

Poder y circunstancias con que entraba á reinar Felipe II.

Al subir Felipe II al trono, era el Rey más poderoso de la tierra, pues aun sin el imperio de Alemania, regia con su cetro la España unida por Isabel y Fernando; en Italia, Nápoles, Sicilia, el ducado de Milan y la Cerdeña; en Francia, el Rosellon; al Norte, los Paises Bajos y el Franco-Condado; en el Mediterráneo, las Islas Baleares; en las costas occidentales de África, las Islas Canarias, y se reconocia su autoridad en Cabo-Verde, Orán, Bujía y Túnez; en Asia, las Islas Filipinas y una parte de las Molucas, y en el Nuevo-Mundo los inmensos y opulentos reinos de Méjico, Perú, Chile, la Isla de Cuba, la Española y otras de menos importancia; contando además con los recursos é influencia de la Inglaterra, por su matrimonio con María. Con razon

se vanagloriaban en aquella época de que el sol no se ponia en los dominios de España.

No era de esperar que tan estensa monarquía se mantuviera en un perfecto equilibrio de bienestar y abundancia, que la razon misma de que tan apartados y diferentes paises debiesen obediencia á un mismo dueño, era la bastante para que la agitacion cundiese, y el descontento y espíritu de rebelion se mostrasen, pues casi es de ley que las perturbaciones en los pueblos son tanto más frecuentes y profundas, cuanto más son en número y difieren en costumbres los sujetos á una misma voluntad ejercida por derecho ó por conquista.

La herencia que el César legó á Felipe era tan heterogénea como enmarañada. Francia en lucha abierta desde 1552, con pretesto de auxiliar á su aliada la Alemania, combatia en sus fronteras para contener la vecindad de Flándes, y se ligaba con Roma para espulsar de Italia á los españoles y tomar su parte en la distribucion que se hiciera del botin. La Alemania, dispuesta á empuñar las armas si por ventura se intentase de nuevo suscitar la cuestion religiosa, en la que nada airoso quedó el Emperador. El Padre Santo, revolviendo ardides y buscando sutilezas para anatematizar al Rey católico, y proporcionándose con amaños toda clase de alian-

zas para recuperar el reino de Nápoles y verse libre del duque de Alba. La Turquía, pronta á lanzar sus escuadras sobre las costas del Mediterráneo, bien por cuenta propia, ó por instigaciones del Pontífice ó del Rey cristiano de Francia. La Inglaterra, recelosa de su reina por la influencia que en-ella ejercia su esposo, odiado por aquel pueblo desde su matrimonio, y por lo tanto resistiéndose á favorecer los intereses de Castilla; y finalmente, la España huérfana mientras gobernó Cárlos V, se hallaba desangrada de hombres y dinero, porque todo habia sido poco para alimentar las continuadas guerras que se venian sosteniendo hacia más de 25 años. Exhausta de recursos, agotaba sus ya estenuadas fuerzas en atender con sacrificios costosos á las necesidades de los ejércitos que ocupaban tan remotos paises, y se corria el riesgo de un total aniquilamiento al primer anuncio de alguna nueva complicacion esterior.

Entraba por consiguiente á gobernar el nuevo Rey en circunstancias por demás azarosas y avocadas á escisiones; y si para un monarca jóven, de espíritu levantado, temple vigoroso y emprendedor, la situacion habria sido lisonjera por el ancho campo que se le presentaba para grandes empresas, y por las ocasiones que se le ofrecerian de alcanzar gloria y renombre, no lo era para Felipe, más há-

bil político que general resuelto, y más pensador filósofo que atrevido conquistador. Sin embargo, las cosas tomaron un giro más pacífico cuando menos se esperaba.

Desde la abdicacion hasta que el Emperador partió para España, trascurrió más de medio año, y en este intervalo sobrevino un incidente que modificó algo aquel período de lucha y tirantez, y del cual se aprovechó Cárlos con gran contentamiento para dejar las cosas más en calma, no tan solo en beneficio de su hijo, sino por tener la gloria de restituir á Europa una paz que habia constantemente alterado durante su reinado, y para la que indirectamente, pero con insistencia, trabajó infructuosamente.

Antes de la solemne renuncia se habian dado por Cárlos y el Rey de Francia algunos pasos encaminados al cange de prisioneros, y en las conferencias que hubo con este motivo en la Abadía de Vaucelles, cerca de Cambray, ocurrió el arbitrio para terminar las hostilidades, de estipular una tregua de cinco años á la lucha que se venia sosteniendo, durante cuya suspension de armas cada parte conservaria las plazas que hubiera adquirido, sin ventilar de grado ni por fuerza la legitimidad de la posesion. Por este medio se proporcionaba un respiro á las

dos potencias, que bien lo habian menester, y el tiempo se encargaria de lo demás.

Por depresivas que fueran las condiciones, que sí lo eran, para la potente España, las aceptó sin vacilar el Emperador, lisonjeándose con la idea de que los sucesos ulteriores trajeran un acomodamiento final y una paz duradera. La tregua se firmó en el mismo Vaucelles el 5 de febrero de 1556, pasando á Blois el conde de Lalaing en nombre de España, y á Bruselas el almirante Coligni, en representacion de la Francia, ambos para presenciar cada uno por su parte las ratificaciones del tratado, y el juramento de observar y cumplir los dos monarcas las condiciones estipuladas.

Pareció que este paso aseguraba una tranquilidad que se desconocia de mucho tiempo atrás, y que se conjuraban las tempestades que amenazaban al trono español; pero si un punto se creyó desvanecida la tormenta, no tardó mucho en estallar más de improviso, y con particularidades que encanaron los ánimos, produciendo consecuencias sangrientas y deplorables.

Para llegar al conocimiento claro de los sucesos que sobrevinieron, menester será traer á la memoria las circunstancias en que se hallaban Francia é Italia, y relaciones que las unian.

IV.

Reseña general de las córtes de Francia y Roma.

Reinaba á la sazon en Francia Enrique II, hijo del caballeresco y disipado [1] Francisco I, que legó á su descendencia todos sus vicios y pocas ó ninguna de sus virtudes, sembrando el gérmen de un tan peligroso libertinaje en su córte, que difundiéndose como cáncer corrosivo en las que se sucedieron, costó el estirparlo largos años y mucha sangre, influyendo no poco esta corrupcion de costumbres en la catástrofe de 1793. Educado Enrique á la manera de los caballeros de aquel tiempo, fué muy diestro en el manejo de las armas y brilló en los

[1] Aunque todas las historias de Francia convienen en esta apreciacion, refiriendo sucesos que lo prueban, citaremos uno de los que más la determina. Dice Tavannes que Francisco I estaba herido por las damas en el cuerpo y en el alma, y que así como Alejandro se recreaba con mujeres cuando no tenia negocios, Francisco se ocupaba de negocios cuando no tenia mujeres. (A. S. C. St. *Prosper*, historia de Francia, tomo 3.°, página 99.)

torneos por su valentía y gentileza. Estas condiciones, unidas á su natural despejo y conocimiento de los negocios de Estado, en que le habia instruido Francisco I, hizo creer al principio de su reinado que seria un trasunto mejorado de su padre; mas pronto reveló su debilidad de carácter, y dejó ver que sus alardes belicosos, esperanza un dia de sus vasallos, eran falso barniz que disfrazaba sus nulas cualidades como Rey. [1]

Entregado á su favorita Diana de Poitiers, duquesa de Valentinois, era juguete de su voluntad, por más que tanta esclavitud apenas se concibe al considerar que el Rey tenia 29 años, y 48 aquella mujer de seductora belleza, antigua dama tambien de Francisco I; mas era tan esperimentada en los artificios de amor y de intriga palaciega, que supo mantener fascinado á su real amante todo el tiempo que vivió, á tal punto que, además de haber olvidado á su esposa, no hubo mujer alguna que le apartase de su obcecada y única pasion.

Dominaban al mismo tiempo en el ánimo de Enrique, el Condestable Anna de Montmorency, Francisco de Lorena duque de Guisa, y otra porcion no

[1] *Watson*, Historia de Felipe II, tomo 1.°—*Anquetil*, Historia de Francia.—*St. Prosper*, id.—*Robertson*, Historia de Cárlos V.—*Prescott*, Historia de Felipe II, etc., etc.

escasa de influencia correspondia al partido de la Reina Catalina de Médicis.

Eran, pues, cuatro los poderes que debilitando el del Rey devoraban á la nacion, precipitándola en guerras y alianzas insensatas unas veces, otras en paces y treguas desventajosas, arruinando al pais con impuestos y gravámenes injustificados que se repartian entre sí, y por último, desprestigiando siempre la autoridad del monarca, que por efecto de su misma indolencia y veleidosa inclinacion, no pudiendo contentar á los unos sin irritar la codicia de los otros, no era querido ni considerado de ningun partido.

Aunque sin rival temible, la influencia de Diana de Poitiers, era neutralizada á veces por la adhesion del Rey al Condestable, soldado viejo, encanecido en el servicio, altivo, rudo, severo y casi cruel al exigir la observancia de los principios militares; católico fanático, y muy celoso de los timbres de su ilustre progenie; hombre de limitado entendimiento y más vanidoso de conocimientos de guerra que esperto capitan de grandes recursos, sin que le faltasen por esto recomendables dotes en su larga carrera y brillantes antecedentes. [1]

[1] Una de las páginas más notables de la historia militar de Montmorency, es el plan de campaña que llevó á cabo contra el duque de Alba en 1536. (*Gonard*, t. 3.º, págs. 342 y siguientes:

El de Guisa ambicionaba para él solo todo el poder é influencia, apoyado, y con razon, en sus propios merecimientos y gran valer. Brillante y fastuoso guerrero, intrépido y apuesto ginete, de clara y elevada inteligencia, simbolizaba el gentil y noble caballero en sí propio una de las figuras más acabadas de aquel gran cuadro de vivos colores, en que por riqueza, valentía y galanteos se retrataba la córte de Francia del siglo XVI. Su elocuencia militar, sus prendas personales y conocimientos de guerra, le hacian el ídolo del ejército, y á sus relevantes dotes de esclarecido general debió su rehabilitacion la patria de San Luis en más de una ocasion, siendo entonces la más reciente la brillante defensa de Metz.

Enrique de Francia, á pesar de sus debilidades, conservaba íntegra una cualidad que heredó de su padre, y era el odio á los españoles, y el mismo espíritu de rivalidad con Cárlos V, mostrando desde el momento de subir al trono su profundo disgusto por la paz de Crespi, firmada por el Emperador y Francisco I en 1554; y sin ocultar sus designios de buscar un pretesto para romperla, no tardó mucho tiempo en renovar la guerra con el Emperador, sosteniéndola con fortuna varia hasta la tregua firmada en Vaucelles.

En frente del poder y la gloria de España se agitaba la corte de Roma, si no tan importante como la de Francia, á lo menos tan pertinaz y más ambiciosa. Ocupaba entonces la silla de San Pedro Paulo IV, de edad de 80 años, y perteneciente á la distinguida familia napolitana de los Carrafas, cuya larga vida hasta su elevacion al Pontificado fué un modelo de virtudes y austeridad, habiendo renunciado en varias ocasiones puestos elevados en su ministerio, prefiriendo el retraimiento de un anacoreta en la órden de los Teatinos que él fundó. Elegido Papa en 1555, desenvolvió su irascible carácter y sus altivas condiciones de príncipe terrenal, manifestando sin reserva su odio á España, y sus deseos de vivir con toda la magnificencia de gran monarca. Provenia esta enemistad desde que Cárlos V lo separó del Consejo Real de Nápoles á que perteneció, por haber instado á su antecesor Paulo III á que entablase la reclamacion de dicho reino, cuya posesion por los españoles juzgaba como una usurpacion desde los Reyes Católicos, y no tuvo más pensamiento ni otra mira política desde que ciñó la tiara que recuperarlo á toda costa, valiéndose de todos los medios y auxiliares que hallase á mano para conseguirlo.

A pesar de lo que Paulo habia declamado contra

los anteriores Papas, por la proteccion que dispensaban á sus familias, no vaciló en colmar de favores á sus sobrinos, haciendo al mayor duque de Montebello, y á otro Cardenal, sabiendo no obstante que concedia el capelo á un mal soldado, libertino y avieso, que aborrecia á los españoles por los castigos que le impusieron mientras sirvió en el ejército del Emperador, cuyas filas tuvo por fin que abandonar. El Cardenal Carrafa, obedeciendo á sus propios instintos, halagaba sin cesar el ódio de su tio hácia España, y fomentaba los proyectos de guerra, empleando su astucia con rara habilidad para que no desmayase ni retrocediese, y supo tan bien granjearse su voluntad y encaminar sus deseos vengativos, que fué durante aquel Pontificado el ejecutor de todos los pensamientos políticos de Paulo IV, reducidos como se ha dicho á intrigas y amaños para ver de recuperar á Nápoles.

Dábanse, pues, la mano Francia y Roma para combatir al enemigo comun, y recíprocamente se ayudaban, si bien el Papa era el que solicitaba el auxilio de Enrique, pues que no se le oscurecia la escasez de sus medios para luchar solo.

Tal era la situacion de las potencias beligerantes, y las figuras que más se destacaban en la época al abdicar Cárlos V, y este el punto de partida que

debe tomarse para llegar al suceso que motiva este escrito.

Entabláronse negociaciones entre Roma y Francia, que dieron por resultado una alianza ofensiva entre ambas potencias, firmada en 16 de diciembre de 1555, en la cual se estipulaba el auxilio recíproco de hombres y dinero para combatir á Felipe II. Este compromiso, sin embargo, ninguna fuerza de ley tuvo para Enrique, porque dos meses despues, el 5 de febrero de 1556, aceptó y firmó la tregua de Vaucelles propuesta por Cárlos V, quedando por consiguiente roto el anterior tratado con Roma.

Debia de conocer Paulo IV bien á fondo el carácter del monarca francés, cuando lejos de desanimarse por tan súbito cambio de política, persistió en su propósito, y envió á la corte de Francia á su intrigante sobrino el Cardenal Carrafa, con pretesto de felicitar á Enrique por el reciente arreglo con España, pero en realidad con la mision secreta de reanudar y consolidar eficazmente la alianza primera. El hijo de Francisco I fué consecuente con su mudable condicion, y en julio de 1556 ratificó el tratado con Roma, comprometiéndose á facilitar 12.000 hombres de infantería, 500 hombres de armas y otros 500 caballos ligeros, con más 35.000 ducados. Paulo por su parte debia aprontar igual fuerza,

150.000 ducados, y mantener el ejército francés á su costa en el territorio italiano; al mismo tiempo Enrique II entablaria negociaciones con Soliman, á fin de obtener que sus galeras hostilizasen la costa cantábrica. Convínose además en que se daria la corona de Nápoles á uno de sus hijos menores de Enrique, y á otro la de Milan: y se acordó igualmente agregar una parte del territorio fronterizo por el Norte á los Estados de la Iglesia; y que de las conquistas que se hiciesen se formarian patrimonios de suficiente estension para los sobrinos del Papa.

Este fué el tratado que de buen grado aceptó el cristianísimo Rey de Francia, á cuya resolucion se le indujo fácilmente, prometiéndole que Paulo le absolveria del compromiso adquirido con España por la tregua de Vaucelles, y que si, atendida la edad avanzada de este, falleciese, se crearia el suficiente número de cardenales franceses ó adictos á Francia, para que eligiesen un sucesor que sostuviera el convenio en todas sus partes. ¡Lamentable ejemplo de debilidad, y mísero testimonio de rencorosos espíritus, que así precipitaban y confundian en el revuelto cieno de pasiones bastardas al sucesor de San Pedro y al descendiente de San Luis, que no vacilaban en echar mano de los más arteros recursos, ora

buscando sin conciencia ni dignidad apoyo en los sectarios de Mahoma, ora ejerciendo la santa prerogativa de la absolucion para autorizar la infraccion de un pacto mundano! ¡Duras y amargas lecciones las que nos ofrecen con frecuencia las historias, en que se ven conculcados á cada paso los más respetables principios de lealtad, consecuencia y religion, por los mismos encargados de guardar y sostener tan venerandas y preciosas virtudes!

El astuto Carrafa, para atraerse el ánimo de Enrique, se valió naturalmente de cuantos elementos le dominaban, no escaseando halagos y ofertas para satisfacer los instintos de aquellos que debian ayudarle; así es que tuvo de su parte á la favorita, á la Reina y al de Guisa, interesados en esta guerra por miras particulares. La Poitiers porque deseaba la prosperidad de su yerno el duque de Aumale, hermano del de Guisa; este ambicionaba el mando del ejército para acrecentar su influencia en la córte con soñadas victorias, y para hacer valer remotos derechos de familia nada menos que á la corona de Italia, prometiéndose tambien que su hermano el Cardenal de Lorena ciñese la tiara al fallecimiento de Paulo que creian próximo; y Catalina de Médicis fomentaba la idea de la guerra con la esperanza de que su pariente Strozzi regresara con

un buen mando á Nápoles, de donde habia sido espatriado. Fácil, pues, les fué á todos vencer la inclinacion, nada rebelde por otra parte, del flexible y enamorado Rey, y contentos unos y otros, y acariciando todos ideas de prósperos resultados y de rico botin en la conquista de Nápoles, no se pensó más que en precipitar la espedicion.

En medio de tanta intriga y egoismo, con menoscabo de la honra del monarca y de la seguridad del pais, solamente el anciano Condestable desposeido de ambicion personal, y atento solo á lo que mejor estaba á su Rey y á su patria, se mostró siempre opuesto á semejante alianza, haciendo ver al débil Enrique el miserable estado en que se encontraba el Erario, y los conflictos que podrian sobrevenir de desmembrar del territorio un fuerte ejército para llevarle á lejanas tierras y empeñarlo en una guerra de muy dudoso éxito por la calidad de los aliados, y basada además en principios no muy ajustados á severa imparcialidad ni lealtad. La cordura del veterano nada pudo en aquella ocasion, y postergada su influencia y desatendidos sus sanos consejos, vencieron sus antagonistas, y el rompimiento con España se determinó, comprometiendo al mismo tiempo el reino de Francia, como lo confirmaron los acontecimientos.

V.

Resúmen de la campaña de Italia.

Tan luego como el Papa tuvo noticia de haberse confirmado la alianza con Enrique II, se declaró abiertamente contra Felipe, comenzando por atropellar y perseguir bajo frívolos pretestos á los cardenales de España y sus adictos, y encarcelar á gran número de personas que en Roma tenian un carácter oficial, entre ellas al embajador estraordinario Garcilaso de la Vega, [1] y no satisfaciéndole estas vejaciones que refluian naturalmente en el monarca, quiso dar forma de justicia á su provocacion é incalificable conducta, y halló medio de que el Consistorio [2] dictara sentencia de confiscacion contra la corona de España, pretestando ser por no haber pagado cierto tributo á que estaba obligada durante la posesion del reino de Nápoles.

[1] Sobrino del famoso poeta que murió en octubre de 1536, á consecuencia de la herida que recibió en la cabeza al regresar á Génova el emperador Cárlos V de su malhadada espedicion á Francia.

[2] *Cabrera.*—Libro II, capítulo V.

No ignoraba Felipe las maquinaciones de Roma y el rompimiento que se fraguaba de la tregua de Vaucelles, y mirando antes á sus cristianas convicciones que á las ofensas que se hacian á su trono, quiso lo primero acallar los escrúpulos de su conciencia al temor de una lucha próxima con la Cabeza visible de la Iglesia; y en tanto que Paulo hacia que el Consistorio fulminase una condena contra el católico rey, este sometia sus miramientos y preocupaciones religiosas al criterio de un consejo compuesto de sabios, letrados y de teólogos de Salamanca, Alcalá, Valladolid y de otros puntos, cuyas doctas autoridades tranquilizaron completamente su ánimo y desvanecieron sus cuidados, convenciéndole de que podia y debia aceptar la guerra á que se le provocaba tan capciosa é injustamente. Cumplido este delicado deber, envió tropas y dinero á Italia, y dispuso que inmediatamente el duque de Alba, general de aquel ejército y gobernador entonces de Milan, tomase el mando del reino de Nápoles, y que empezase las operaciones contra los Estados de la Iglesia; mas aunque esto le ordenaba de oficio, en carta particular reservada [1] le decia que procurase una avenencia con el Pontífice.

El duque, no menos escrupuloso que su rey, y

[1] *Rustant.—Historia del duque de Alba*, tomo I, pág. 247.

secundando al mismo tiempo lo que privadamente se le ordenaba, quiso justificar la actitud hostil en que tendria que colocarse en breve delante del Santo Padre, y antes de proceder á vias de hecho, propuso los medios de conciliacion que juzgó decorosos, patentizándose de este modo una vez más la nobleza é hidalguía de la nacion española, simbolizada en semejantes rasgos emanados de un rey tan poderoso como Felipe II, y de un vasallo tan bravo y caballero como el gran duque de Alba.

Fueron rechazados en Roma los medios de avenencia, traduciéndose allí este proceder y consideracion con la Santa Sede, si no por flaqueza y poquedad de alientos del general español y de su rey, al menos por indecision; y tanto alucinó esta solicitud á los Carrafas y secuaces, que se imaginaron ser dueños en breve del apetecido Nápoles. El de Alba, por su parte, así que recibió la negativa de sus proposiciones y de acuerdo con Felipe, se apresto al combate.

Esta campaña mereceria por sí sola ser objeto de un artículo aparte y estenso, para conocerla bien y apreciarla en cuanto vale, pero combinada con el asunto principal de este escrito, debe referirse, aunque de pasada y á la ligera, únicamente para seguir el órden de los sucesos.

Volvia la Italia á ser teatro de pertinaces luchas, ventilándose en su territorio derechos más ó menos fundados por las coronas de Francia y España, y si bien esta vez parecian ser intereses directos de Roma los que se iban á disputar, ya se ha visto que Enrique II llevaba en las soñadas ganancias una porcion respetable.

Para las primeras llamaradas de la escision, pudo Paulo IV reunir, á fuerza de mucho dinero, unos cuantos miles de soldados asalariados, entre ellos no corto número de alemanes luteranos que se mofaban á cada instante de las ceremonias de nuestra santa religion, y escarnecian en público á los ministros del altar; [1] pero aunque militaban en las filas del Papa iban en contra de la España, y todo lo demás era de poca monta. Fiado Paulo en el refuerzo que habia de llegarle de Francia, creyó que podria entre tanto sostener la lucha con su enemigo, y dispuso sus fuerzas de manera tal, que pudieran habérselas con las que se les iban á entrar por las puertas de su casa.

El 1.° de setiembre de 1556 salió de Nápoles el duque de Alba con 3.000 infantes españoles y 9.000 italianos, 800 hombres de armas y 1.500 caballos ligeros, mandando la infantería española el

[1] *Prescott*, página 175.

marqués de Villafranca; Vespasiano de Gonzaga la italiana; y la caballería Marco Antonio Colonna, duque de Paliana, y José Cantelmo, conde de Pepoli, hijo de una de las hermanas del Papa; y finalmente, D. Bernardino Aldana mandaba la artillería. Detúvose en San Germano, punto señalado para cuartel general, de donde partió Villafranca con los suyos, y pasando la frontera de los Estados Pontificios se apoderó de Frusolona y de algunos otros puntos inmediatos, de los que estrajo gran provision de vituallas. Estas rápidas conquistas alarmaron al Papa, y al empezar á dar disposiciones para resistir, llegó de Marsella á Civita-Vecchia su sobrino el cardenal con 3.000 franceses, y se constituyó en general en jefe, disponiendo de las fuerzas, recursos y plazas á su antojo. El de Alba recogió sus tropas distribuidas en las plazas ocupadas, y formando de todas ellas varios trozos, sus tenientes se apoderaron de Veruli, Bauco, Terracina, Piperno, Ferentino, Alatri y otros lugares de la campaña de Roma. Juntó luego todo el ejército y sitió á Agnania tomándola á los tres dias de abierta la brecha, por el cobarde abandono de su gobernador Torcuato Conti, que huyó de noche con la guarnicion: la ciudad fué saqueada, respetándose únicamente los grandes almacenes de trigo que hallaron.

La toma de Agnania y la rendicion de Verulano consternaron profundamente á Roma, haciéndose precisa toda la energía de Julio Ursino, que mandaba dentro, para que el populacho amotinado y temeroso no entregara la plaza á los españoles; más aunque la calma se restableció en el paisanaje, no así en el Sacro Colegio, que aterrados á la idea de un asalto, y recordando el de 1527, dado por el duque de Borbon, exigieron al Papa que tratase de la paz con el duque de Alba; más esta vez, como de costumbre, fueron rechazadas sus proposiciones por los díscolos sobrinos del Pontífice. Resuelto el español á no malgastar el tiempo con informales mediadores, marchó con su ejército á Tívoli, en cuya ciudad entró sin obstáculo por haberla abandonado tambien la guarnicion.

Enseñoreado el de Alba de varias ciudades, y bien provisto de víveres y municiones, quiso herir de cerca á Roma, y puso cerco á Ostia, cuya importante plaza sobre la desembocadura del Tíber fué tomada al cabo de once dias de grandes esfuerzos por una y otra parte. Este golpe desalentó completamente á los italianos, y entonces el mismo Cardenal Carrafa se encargó de ajustar la paz con el general español; más eran de tanta importancia las proposiciones, que el duque, no pudiendo resol-

ver por sí, las envió á S. M., las que vistas por su Consejo no fueron admitidas; y de aquellas conferencias para un avenimiento, solamente aceptó el vencedor los preliminares, que consistieron en una tregua de 40 dias, dentro de los cuales vino á terminarse aquel año de 1556, y con él esta breve campaña de tan lisonjeros resultados para las armas españolas. Durante la tregua, ambos ejércitos quedaron á la espectativa hasta su terminacion, que coincidió con la llegada á Italia del cuerpo auxiliar francés.

Á principios del año siguiente de 1557 llegaba al Piamonte el duque de Guisa, acompañado de un lucido y numeroso cortejo, formado por la flor de la nobleza y juventud de Francia, ganosa de conquistar gloria y renombre al lado del brillante caudillo, en cuya frente se mantenian frescos todavía los laureles adquiridos en Metz. Pasó en Turin revista á sus tropas, que consistian en 14.200 hombres, de ellos 6.000 suizos, 4.000 franceses, 2.200 hombres de armas, 2.000 caballos ligeros y 12 piezas de artillería, mandando la infantería el duque de Nemours, y su hermano el de Aumale la caballería. Las primeras operaciones á lo largo del Pó y en el Milanesado fueron prósperas á las armas de Francia, que tomaron á Valencia sobre aquel rio, y lle-

garon á las fronteras de Parma sin ningun tropiezo, continuando despues á Reggio, donde Guisa fué recibido por su suegro el duque de Ferrara con gran contentamiento, poniendo á su disposicion un cuerpo de 6.000 infantes que de buena gana ofrecia, porque imaginó que las operaciones tendrian lugar en el Milanesado y en el interior de la Italia: más como el francés, de acuerdo con Roma, se decidió por llevar la guerra á Nápoles, el duque de Ferrara le retiró su auxilio, y el de Guisa tomó por la costa del Adriático por Rávena y Rimini, é internándose en los Estados Pontificios llegó á Gesi sobre el rio Esino, y habiendo hallado buen alojamiento para sus tropas, partió solo á Roma para conferenciar con el Papa. Fué recibido con grandes y exageradas muestras de amor y entusiasmo, más propias para tributadas á un capitan triunfante y salvador de un reino, en recompensa de muy señalados servicios, que no para dar la bienvenida á un aliado, cuyo plan de campaña aun no habia iniciado siquiera. Hubo grandes fiestas, se le tributaron grandes honores, y el mismo Pontífice en su febril adhesion le prodigó los títulos gloriosos de *libertador de la Iglesia, protector de la Santa Sede y capitan enviado del cielo.* [1]

[1] *Rustant*, tomo II, página 22.

Era natural que fuesen recibidos con tanto agasajo y zalamería los aliados por quienes tanto suspiraban, y cuya sola presencia devolvia á los míseros romanos la esperanza que el año anterior habian perdido por completo delante del duque de Alba.

Discutido en Consejo, y adoptado el plan de campaña de penetrar en territorio napolitano, comenzó el de Guisa por dar alguna seguridad á los Estados de la Iglesia, recuperando de los españoles á Ostia, Frascati Grotta, Ferrara, Marini, Castelgandolfo y Vicovaro. Estos aunque ligeros triunfos, envalentonaron á los italianos, cambiando en gozo el pavor de la víspera, al paso que en el de Alba poca mella hicieron, si bien no dejó impune la flaqueza de ciertas guarniciones que habian abandonado las plazas, ó capitulado fuera de tiempo. Firme en su propósito de guardar á todo trance el reino de Nápoles, y madurado, como en él era habitual, su plan defensivo, reforzó las plazas de los Abruzzos, hizo un alistamiento de 30.000 milicianos del pais para guardar las murallas, allegó gran número de provisiones, y con la confianza y adhesion de los habitantes, y bien atendido por Felipe II respecto á hombres y dinero, aguardó tranquilo al enemigo.

Cruzó el francés la frontera por lo alto de los

Abruzzos, y habiendo tomado sin gran resistencia á Campli, dirigióse á Civitella, plaza no distante de la anterior, prometiéndose igual éxito; mas fueron vanas sus esperanzas, y allí donde creyó encontrar un triunfo seguro y un escalon firme para continuar la conquista del interior, allí tuvo crueles desengaños Francisco de Lorena, y allí tambien dejó un pedazo de su reputacion militar.

Resistió Civitella con energía y fiereza, siendo sus fosos estrecha sepultura para los tenaces sitiadores que encontraban la muerte, no solo en las picas de los españoles, sino en las manos de las mujeres napolitanas, que eran las primeras en rechazar los asaltos. Pareció providencial aquel desastre del ejército del duque de Guisa, como preparado en desquite del que sufriera el de Alba en Metz.

Además de la mortificacion punzante que irritaba el ánimo del capitan francés al verse detenido por las armas españolas, tuvo que combatir dentro de sus tropas más de una insurreccion, provocada por el contingente italiano, que además de ser escaso y malo, introducia la sedicion en sus filas con motivo de la escasez de la paga. Semejante indisciplina, y el ver que no le cumplian nada de lo estipulado en el convenio, ni la córte de Roma ni los duques de Ferrara y Florencia, indignó

sobremanera al de Guisa, y en público, y privadamente al Pontífice, prorumpió en denuestos contra los enredadores Carrafas, que llevados solo de una inmoderada ambicion personal, habian comprometido el honor de las armas francesas, ofreciendo recursos que no se vieron nunca, y un apoyo en el pais, que estaba muy lejos de encontrarse. Conociendo, aunque tarde, la falacia de los italianos, solicitó de Enrique II el relevo, manifestándole con insistencia lo peligroso de la espedicion y sus funestas consecuencias, si tardaba en hacer volver á Francia el cuerpo auxiliar, que solo, y con menoscabo de sus gloriosos antecedentes, sostenia la guerra en favor de los intereses esclusivos de Paulo. No fueron atendidas sus reclamaciones, y vióse obligado á permanecer en Italia, hasta que por un grave acontecimiento fué llamado para defender á su patria.

El revoltoso y turbulento contingente italiano concluyó por desbandarse y desaparecer del ejército, y el general de la liga, despues de supremos é ineficaces esfuerzos delante de Civitella, levantó el campo á los 22 dias de asedio, y tomó la vuelta de los Estados Pontificios, apesadumbrado del éxito de sus operaciones.

El duque de Alba lo dejó alejarse tranquilamente, y permaneció en tierra de Nápoles deter-

minado á resistir, pero no á comprometer su guarda en los azares de una sola batalla. Tenia á la sazon para conservar la integridad del reino, además de la decidida cooperacion de los habitantes, un ejército de 24,000 hombres, la mitad veteranos españoles y alemanes, y el resto procedentes de los Abruzos, y aumentó los recursos secuestrando las rentas de los que habian tomado partido por Roma. De este modo pudo hacer frente á todas las eventualidades de una guerra que con tan malos auspicios principiaba por los agresores; pero en otra parte se habia complicado, y no poco, la situacion de España y Francia.

VI.

La guerra en Flandes y primeras operaciones hasta sitiar á San Quintin.

Iba por entonces corrido más del tercio del año 1557, y en los Paises-Bajos se tocaban las consecuencias de la funesta alianza entre Enrique II y Paulo IV.

Al mismo tiempo que el duque de Guisa cruzaba los Alpes, recibia el almirante Coligny la órden del rey de abandonar súbitamente la Picardía, de la que era gobernador, y apoderarse en el Artois ó en Flandes de alguna plaza fuerte, [1] y despues de varias tentativas solo consiguió hacerse dueño de Lens, poblacion sin importancia militar entre Lila y Arras.

[1] Importa mucho dejar consignado que la agresion provino de Francia, como lo atestiguan la mayor parte de los historiadores, y entre ellos los nada sospechosos como estranjeros *Mignet*, pág. 250, y *Watson*, tomo I, páginas 34 y 36.

El mismo Coligny, que firmó las ratificaciones de la tregua de Vaucelles hacia un año escaso, era el encargado de violar el pacto y dar comienzo á las hostilidades sin prévia declaracion de guerra, y faltando á todo derecho de gentes, á todas las prácticas de cuestion internacional, y á todo principio de lealtad y consideracion política.

Felipe II, á pesar de sus recelos y anticipadas noticias del rompimiento, quedó sorprendido con la inesperada invasion en sus dominios, y viéndose la guerra encima, acudió á poner los medios para hacerla frente. La primera idea que se le ocurrió fué descargar tanta responsabilidad en su padre, de cuyas elevadas cualidades esperaba únicamente una solucion favorable á tan árdua como comprometida empresa, mostrándose en esto Felipe tan inferior á la reputacion que supo luego adquirirse, que razon habria para desconfiar de sus eminentes cualidades, á juzgar por sus primeros pasos.

Así que tuvo la certidumbre de la agresion francesa, envió á Yuste á su consejero favorito Rui Gomez de Silva, conde de Melito, y más tarde príncipe de Évoli, con instrucciones y una carta para el Emperador, á fin de recabar de S. M. I. el que abandonase el retiro y se pusiera al frente de los negocios y de las tropas, siendo tan esplícito en

este deseo, que en sus instrucciones se encuentra el párrafo siguiente:

«Suplicando con toda humildad é instancia á S. M. tenga por bien de esforzarse en esta coyuntura socorriéndome y ayudándome, non solo con su parecer y consejo, que es el mayor caudal que puedo tener, pero con la presencia de su persona y autoridad, saliendo del monasterio á la parte que más cómodo sea á su salud.» [1]

Conociendo el Emperador el aprieto en que su hijo se encontraba, contestóle ofreciendo su mediacion para proporcionarle recursos, y á este fin acudió á la *casa-contratacion* de Sevilla, vasto depósito á donde afluia todo el dinero y riquezas de Méjico y del Perú, para que le facilitasen los cinco millones de oro que suponia debian existir, y con los que Felipe contaba cuando presintió la guerra; pero los mercaderes é interesados en aquellos capitales, más previsores tambien, aunque en provecho propio, de la lucha que iba á estallar, encontraron medio de que las arcas apareciesen exhaustas, y la *casa-contratacion* no pudo aprontar ni un escudo. Todos los medios enérgicos y violentos que Cárlos V hizo que adoptase su hermana la princesa

[1] *Mignet*, pág. 252.—*Cárlos V en el cláustro*, estudio histórico de la *Revista Británica* de 1853.

doña Juana, gobernadora de España, para reparar este daño, fueron inútiles; mas para prevenir otro lance con la remesa de nuevos tesoros que se esperaban de las Américas, se mandaron comisionados régios á las islas Azores, para que desde allí se condujeran á España y se pusieran á buen recaudo los fondos que viniesen. Entretanto el Emperador hizo empréstitos con particulares, impuso contribuciones sobre algunos géneros, é invitó á la nobleza y al clero para que contribuyesen con una cuota proporcionada á sus fortunas, y de este modo satisfizo las necesidades de los preliminares de la guerra. D. Felipe se halló por fin con recursos de uno y otro lado, porque tambien por su parte alcanzó de los mercaderes de Flándes sumas considerables.

Al mismo tiempo que vino á España Rui Gomez con varios capitanes para levantar gente, marcharon D. Álvaro de Mendoza y D. Juan Manrique de Lara, este á Alemania y aquel á Italia con el mismo objeto; y una vez que en los Paises-Bajos dejaba todo dispuesto, y que tenia noticias del buen desempeño de las comisiones de sus emisarios, partió Felipe á Inglaterra á fines de marzo de aquel año, acompañado del marqués de Aguilar y del de Sarria, ambos de su Consejo, quedando en Bruselas toda su córte y el Supremo Consejo, que lo compo-

nian el conde de Feria, D. Bernardino de Mendoza, D. Antonio de Toledo, D. Juan Manrique de Lara, el obispo de Arras y D. Fernando de Gonzaga.

Mucha resistencia tuvo que vencer en aquella tierra para alcanzar la proteccion y ayuda que necesitaba, y así lo manifestaba despues de su llegada en las primeras cartas que escribió al obispo de Arras, [1] no tan solo por el poco afecto y simpatía que siempre halló en los súbditos de su esposa, sino porque su contrato de boda se oponia terminantemente á favorecerle en las guerras que emprendiese con Francia. [2]

Por mucho que fuera el interés de María de Tudor en complacer á su marido, nada hubiera conseguido de su gobierno; pero afortunadamente para Felipe se descubrió una conspiracion fraguada por Staford, partidario de Isabel, hermana de la reina de Inglaterra, para arrebatar á esta el cetro con ayuda de los franceses, y este descubrimiento, despues de hecha justicia en los autores de la trama, despertó en el pais el temor de una guerra civil, é hizo que las Cámaras accediesen á las pretensiones del Rey de España contra el de Francia, determinando que se enviaran 8.000 infantes y 2.000 ca-

[1] *Papier du cardinal de Granvela*, tomo v, pág. 56.
[2] *Prescott.*—Tomo i, pág. 103.—*Cabrera*, pág. 16.

ballos al mando del conde de Pembroke; mas antes de convenir en este auxilio, la Inglaterra declaró la guerra á Enrique II á la antigua usanza, por medio de un heraldo que el dia 7 de julio del referido año se presentó con toda solemnidad en Reims, donde á la sazon se hallaba la córte de Francia. Semejante etiqueta no empleada para casos tales en aquellos tiempos, en los que, como ya se ha visto, las hostilidades empezaban sin prévio anuncio, causó tanta estrañeza como sorpresa al rey de Francia y á los magnates y señores de su córte, principalmente al viejo y rudo Condestable, que insistió con S. M. para que el heraldo fuese castigado por semejante osadía; pero más prudente y cortés el Rey, recibió al enviado con mesura, hízole un regalo, quejóse del proceder de María, y le concedió el tiempo que gustase para su regreso. [1]

Á la par que estos acontecimientos tenian lugar, ibanse reuniendo las tropas reclutadas, aunque desconfiando todavía de sostenerlas bien, porque ya era casi pasado el mes de mayo, y los dineros que se esperaban de España no los enviaba Rui Gomez, y en Flándes no se recaudaba tampoco lo que se prometian, de cuyos apuros daban los del Consejo

[1] *Commentaires de Rabutin*, pág. 535.

avisos repetidos al Rey [1] que seguia en Inglaterra venciendo el ánimo de las Cámaras para conseguir el socorro de hombres que despues obtuvo.

El mando del ejército de Felipe II estaba conferido á Manuel Filiberto, duque de Saboya, príncipe del Piamonte, notable guerrero aleccionado en la escuela de las campañas de Cárlos V, de 29 años de edad y de tan duro temple y con tan severas costumbres militares que hubo ocasion de dormir 30 dias seguidos con la armadura puesta. Débil de cuerpo en su infancia, robusteció su organizacion con vivir constantemente al aire libre y con el contínuo ejercicio de la caza, llevando su actividad á tal punto, que aun para conservar y dictar á sus secretarios lo hacia paseando por su jardin. Dotado de un claro entendimiento, avaloraba más sus luces naturales con la ilustrada educacion que habia recibido, cultivando su aficion á los idiomas estranjeros y á las ciencias exactas, en las que le reconocian como profundo conocedor. [2] De este hábil general dice Cabrera lo siguiente:

«El duque de Saboya, de mediana estatura,

[1] *Papiers d'Etat de Granvela*, tomo I, pág. 63.—Carta de D. Bernardino de Mendoza al Rey, Archivo de Simancas, secretaría de Estado, legajo núm. 154.

[2] *Notice sur le duc Emmanuel Philibert de Savoie*, par Gachart.—*Prescott*, tomo I, pág. 224.

complexion colérica y adusta, todo nervio, poca carne, en los movimientos gracia, en sus acciones gravedad y grandeza, nacido para mandar. Hablaba italiano, francés, español, razonablemente tudesco y flamenco. . . . . .

. . . . . .

Era su ánimo lleno de religion, justicia, liberalidad, amigo de leer historias, libros políticos y de fortificaciones y de máquinas de guerra, ayudado de las matemáticas.»

Por el mes de junio fueron llegando los contingentes reclutados y asalariados, entre estos gran número de alemanes que en aquellos tiempos era la fuerza montada de que más se valian todas las naciones por sus escelentes cualidades para la guerra, y por la facilidad de encontrar siempre bandas dispuestas á batirse bien, siempre que el sueldo no les faltase, pero se corria el riesgo de que el mismo dia, y quizá en el momento de una accion, se pasaran al enemigo si la paga se hacia esperar. De estos alemanes se alistaron, además de la caballería ordinaria con lanzas, una considerable fraccion de los llamados *reiters*, especie de tropas ligeras que usaban cinco y seis pistolas, cuya clase de armamento les permitia una gran movilidad en los choques, muy superior al de las masas de la caballería

pesada, que despues del primer encuentro se hallaba sumamente embarazada, y causaba frecuentes desorganizaciones al querer emplear nuevamente aquellos desmesurados lanzones.

Aunque no estaba reunido el completo del ejército, iban llegando de dia en dia nuevas fuerzas, y hora parecia ya de obrar, [1] mas como el Rey no habia manifestado su pensamiento ni se imaginaba cuál fuese, el Consejo establecido en Bruselas acordó el 4 de julio el plan de campaña, [2] que fué sometido y aprobado por Felipe II, en el que se determinó dirigirse hácia la parte meridional de la provincia del Henaut que confina con la Champaña francesa, y apoderarse de cualquiera de las plazas fuertes de Meziers, Rocroy ó Maubert-Fontaine, que defendian aquella parte de frontera de una invasion. En este

[1] Cartas de D. Bernardino de Mendoza al Rey en Bruselas, fechas 22 y 25 de junio, en las que se hallan los párrafos siguientes:

En la del 22 de junio:

«A mi paresceme que era ya tiempo de mirar donde se juntará la masa del campo, y proveer las vituallas para poder proceder adelante, aunque sea caminando por la frontera de Francia por tierras de los enemigos.»

Y en la del 25 concluye la carta diciendo:

«El tiempo está muy adelantado, y para entender V. M. estos negocios convendria estar presente, y aqui no veo tanta diligencia ni habilidad que no hayan menester ayuda. V. M. lo mire, porque en cada hora se pierde mucho.»

Archivo de Simancas.—Secretaría de Estado, legajo 514.

[2] Documentos justificativos, núm. 1.

plan entraba la doble idea de si no era favorecido el ejército español con un éxito completo en la toma de alguna de las dichas plazas, poderse mover con toda seguridad en prolongacion de su flanco derecho y acudir á la frontera de la Picardía, intentando por esta parte mejor fortuna.

Aprobado este proyecto se dirigieron todas las fuerzas que iban llegando á las inmediaciones de Namur, en el ángulo formado por la desembocadura del Sambre en el Mossa, estableciendo el cuartel general en Florennes, y acantonando las tropas en Philippeville, Charlemont, Chimay y otros pueblos de alrededor, con objeto de mantener en jaque á Rocroy é impedir el auxilio de víveres y otros recursos, molestando con escaramuzas y algaradas al enemigo.

La Francia á su vez, temerosa de ser invadida por la Champaña, avenida principal por donde los españoles solian descender de Flándes al interior, habia aglomerado en aquella frontera las pocas fuerzas de que pudo disponer, despues de haberse llevado á Italia el duque de Guisa lo mejor de su ejército, y el general Nevers, que mandaba aquella provincia, dirigió todos sus esfuerzos á completar la defensa de Rocroy, plaza fortificada recientemente, y que servia de apoyo á Mariemburgo y Maubert-

Fontaine. Para los franceses era un verdadero misterio el plan de campaña de los españoles, é ignoraban completamente sus recursos y fuerzas; únicamente por tardías é inseguras noticias averiguaron que por el Mossa venian escalas, cuerdas y aparatos de sitio, y que en Nimes se hacian grandes preparativos. [1]

Durante la primavera y principios del estío se pasó en allegar los recursos necesarios para la campaña, [2] teniendo lugar solamente algunos ligeros encuentros producidos por la persecucion de los españoles á los forrajeadores de Rocroy, en los que muy poco se aventuró de una y otra parte, escepto el dia 4 de abril en que estuvo en poco que Rocroy no cayese en poder de las tropas de Felipe, á causa de haber llegado casi á las puertas de la plaza los soldados españoles acosando á la caballería francesa.

Atendida la escasez de medios en aquellos tiempos y la dificultad de comunicaciones para los asuntos de guerra, no es de estrañar que una campaña comenzada á principios de año no hubiese dado resultados ya entrado el verano, pero entonces se hacia

[1] *Rabutin*, tomo VII, libro 9.°, pág. 133.

[2] Cartas ya citadas de D. Bernardino de Mendoza al Rey, de 22 y 25 de junio de 1557.—Archivo de Simancas.

preciso tener en la mano todos los elementos de combate, y asegurados los refuerzos para poder continuar la lucha una vez empezada.

Vencidas por fin todas las dificultades, y reforzado el ejército de Felipe con el completo de todos sus contingentes alemanes, flamencos, walones y españoles, acudió Filiberto de Saboya á Givert, y el 25 de julio se dirigió á Rocroy con intencion de tomarlo si la empresa no ofrecia sérias dificultades; [1] mas viendo desde el principio que su posesion podria empeñarle en largo plazo y costosas pérdidas, desistió de su tentativa, y siguiendo el plan acordado en Bruselas, levantó el sitio y tomó la vuelta del valle entre Nimes y Hault-Roche, continuando por Chimay, Frelon, Glageon, Montereul-aux-Dames, cerca de la Capelle y de Vervins, acampando delante de Guisa y fingiendo quererlo sitiar. De esta manera distrajo y desconcertó la atencion de los franceses que, reunidos en Attigni, siguieron su movimiento paralelamente al del ejército español, á distancia de cinco á seis leguas por el Thirasse, llegando á campar al tiempo que Filiberto á Guisa, á Pierre-le-

[1] Este propósito está esplícito en la carta de Mendoza del 22, que dice así:

«En lo que toca á la empresa de Rocroy, se tiene aviso cierto que tiene artillería y cinco banderas: dice el duque de Saboya que si no es cosa que puede llevar en ocho dias, que no lo emprenderá.....»

Pont, punto interesante entre Sissonne y Marse, para acudir á donde fuera preciso. Permaneció el de Saboya cuatro dias delante de Guisa, y de repente envió su caballería á cercar á San Quintin, [1] y él acudió con todo su ejército al mismo punto el dia 2 de agosto de aquel año 1557.

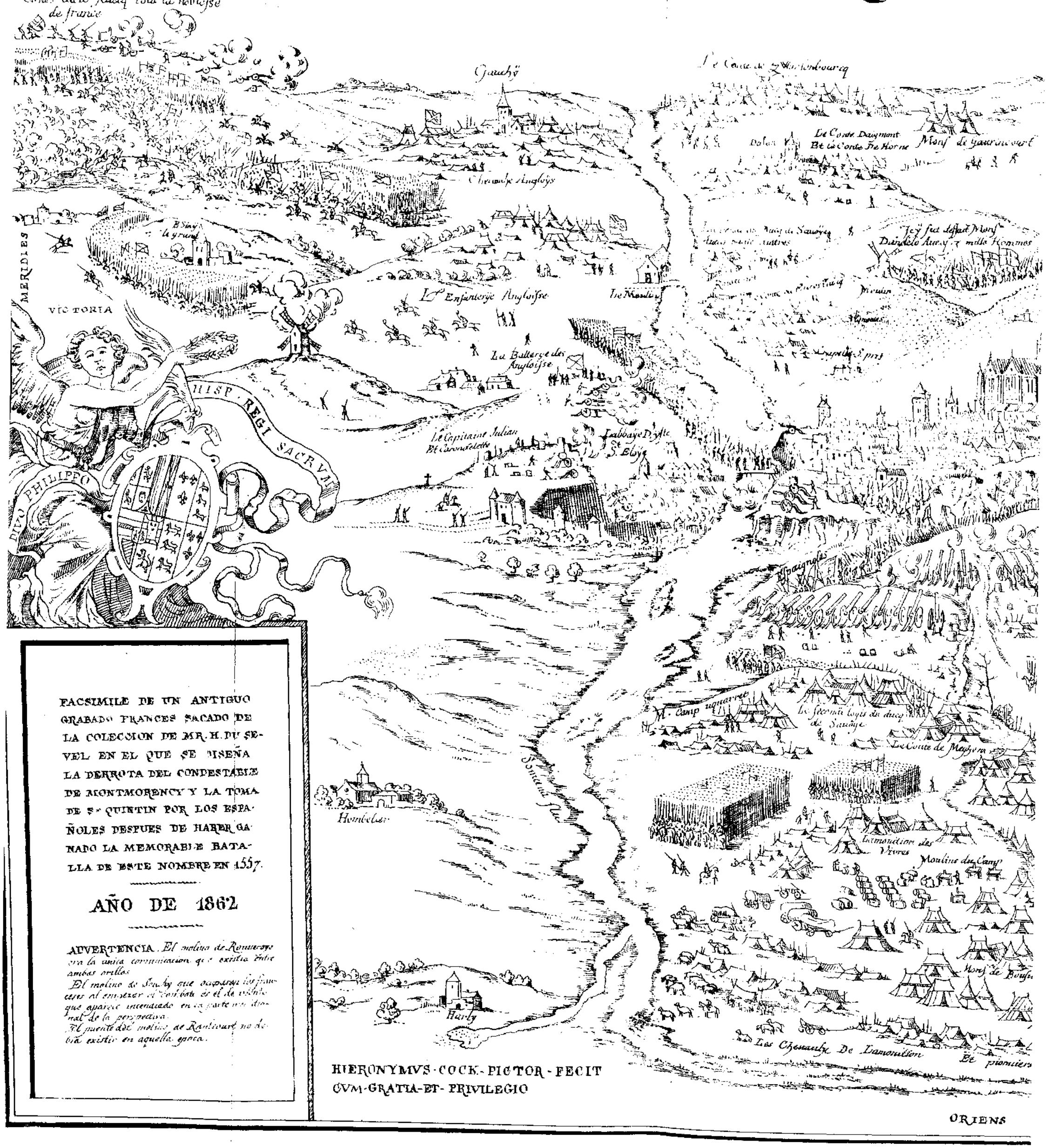
[1] Se acompaña una perspectiva caballera del terreno, plaza y situacion general de las tropas delante de San Quintin, dato interesantísimo de la época, proporcionado por el Sr. D. Pascual Gayangos.

OCCIDENS

VRBS · S · QVIN

MERIDIES

ORIENS



FACSIMILE DE UN ANTIGUO GRABADO FRANCES SACADO DE LA COLECCION DE MR. H. DU SEVEL EN EL QUE SE DISEÑA LA DERROTA DEL CONDESTABLE DE MONTMORENCY Y LA TOMA DE S^n QUINTIN POR LOS ESPAÑOLES DESPUES DE HABER GANADO LA MEMORABLE BATALLA DE ESTE NOMBRE EN 1557.

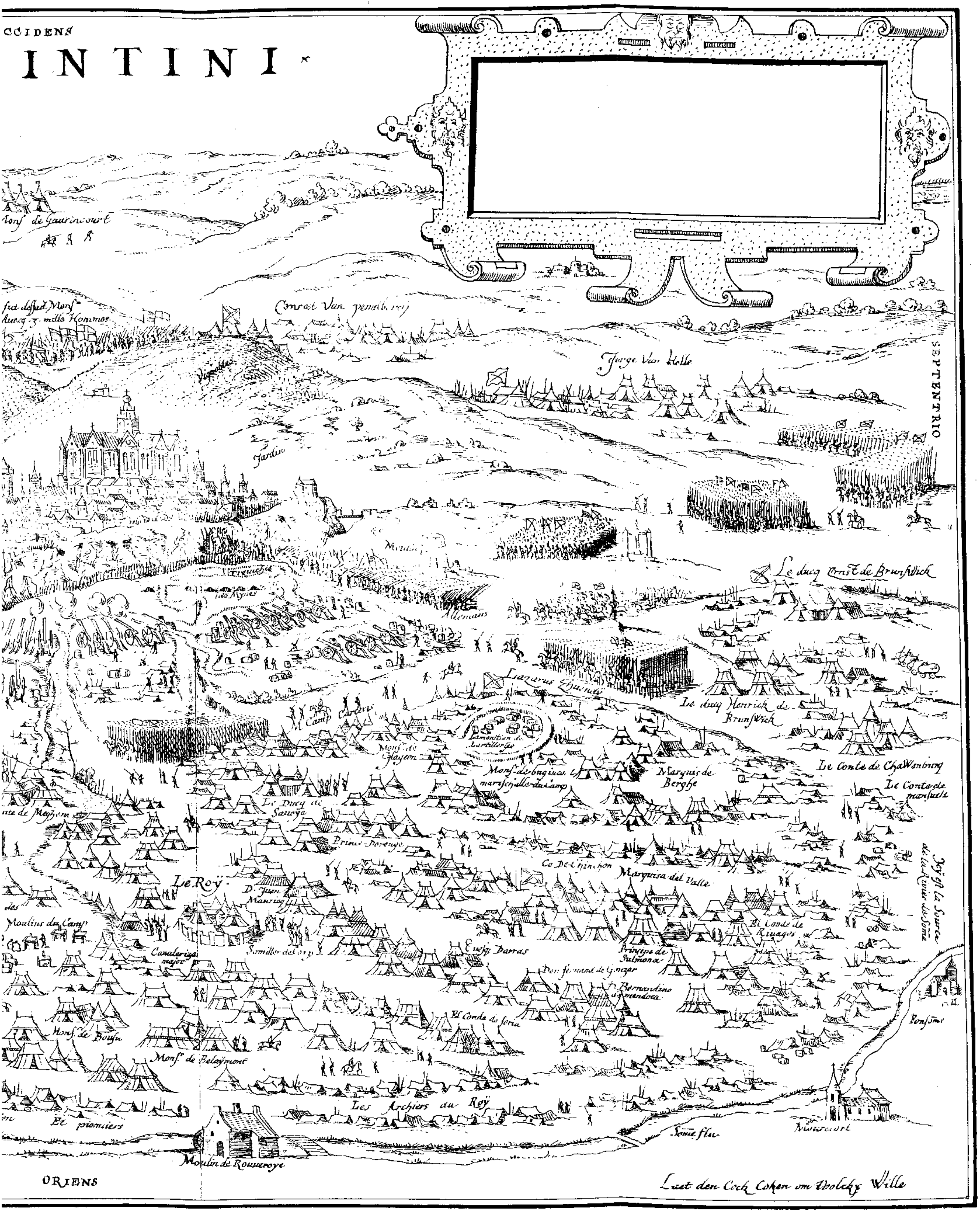
AÑO DE 1862

ADVERTENCIA. *El molino de Ramecoye era la unica comunicacion que existia entre ambas orillas.*

El molino de Stucky que aparece en primer termino al empezar el Faubourg es el de viento que aparece interpolado en la parte mas distante de la perspectiva.

El puente del molino de Ramecourt no debia existir en aquella epoca.

HIERONYMVS · COCK · PICTOR · FECIT
CVM · GRATIA · ET · PRIVILEGIO


OCCIDENS
INTINI
Monf de Gaurincourt
Conrat Van penell rey
Jorge Van Holle
SEPTENTRIO
Jardin
Meulin
Tranchée
les Mynes
Allemans
Le ducq Ernst de Brunswick
Lazarus Zhuendy
M. Camp Carderes
La monition de lartillerye
Monsr de Glayeon
Le ducq Henrick de Brunswick
Monsr de bugincs et marischalle du camp
Marquis de Berghe
Le Conte de ChaWenbrug
Le Conte de mansfelt
Le Ducq de Sauoye
Prince Dorenge
Co De Chinchon
Marquisa del Valle
Le Roy
D. Juan Manriq
Moulins du Camp
Canalerizamajor
Somiller del corp
Euesq Darras
El Conde de Riuagos
Principe de Sulmona
Don fernand de Gonzar
D. Bernardino de mendoca
El Conde de feria
Monsf de Bousu
Monsr de Belaymont
Les Archiers du Roy
Et pionniers
Moulin de Rouueroye
Some flu
Ponsome
Icy est la Source de la Riuier du Sone
ORIENS
Laet den Cock Coken om Volckx Wille

VII.

Embestidura de la plaza de San Quintin.

Se ha visto en el artículo anterior que el pensamiento militar, lejos de estar preconcebido, no tenia fijeza, y que tanto podria haberse llevado la guerra á la frontera de la Champaña, como se localizó en la de la Picardía. Un solo ducumento, no obstante, revela que Felipe II eligió decididamente esta parte de frontera, porque en una carta, fecha 10 de agosto de 1557, [1] que desde Cambray escribió el Rey á la princesa de Portugal, se lee lo siguiente:..... «y haciendo nuestro campo despues algunas demostraciones hácia Guisa, la proveyeron de gente, y por *nuestra órden*, que se dió muy á tiempo, el duque volvió sobre Sanct Quintin, y la sitió como mejor pudo.»—Como por otra parte, ni en el plan de campaña adoptado en Bruselas el 4 de julio, ni en

[1] Documentos justificativos, núm. 2.

ninguna de las instrucciones de Felipe, ni en las combinaciones del duque de Saboya, se encuentra citado San Quintin para nada, es de presumir que al regresar de Inglaterra el Rey á principios de aquel mes, y al ver el giro que las cosas llevaban por el lado de Rocroy, y tomando lenguas de sus consejeros y capitanes esperimentados, eligiese la toma de aquella plaza como punto capital de apoyo para estender sus operaciones hácia el interior de la Francia.

El duque Filiberto de Saboya llegó al frente de San Quintin con 30.000 infantes, 12.000 caballos y un tren muy completo de batir, si bien es verdad que esta cifra se fué aumentando de dia en dia con las bandas reclutadas que iban acudiendo, especialmente desde el dia 13 en que llegó el Rey al campamento. Felipe II, desde su regreso de Inglaterra á Flándes, imprimió grande actividad en la reunion de tropas y dinero, yendo y viniendo de Bruselas á Valenciennes y Cambray para alcanzar de los magnates los recursos que eran precisos, y para proveer á todas las necesidades de la guerra que por momentos iban siendo cada vez más importantes.

Mucho varía el guarismo del ejército sitiador, á juzgar por los datos que ofrecen los más acreditados historiadores, y queriendo salvar esta incerti-

dumbre con toda la imparcialidad que el asunto merece, presento la fuerza y organizacion de aquellas tropas, tomada de los documentos originales que de la época existen en el archivo de Simancas, [1] y de las relaciones del cronista Cabrera, únicas fuentes que deben apreciarse como auténticas y oficiales. Segun estas noticias, el ejército de Felipe II, antes de tomar la plaza, era como sigue:

Manuel Filiberto, duque de Saboya, general en jefe.

Príncipe de Orange, general de la guardia noble del Rey.

Mr. de Glageon, general de la artillería.

Conde de Egmont, general de la caballería.

Mr. de Berlaymont, comisario general.

Conde de Aremberg, maestre de campo.

Conde de Pembroke, general de la fuerza inglesa.

[1] Copia de la carta original del embajador Figueroa á su alteza, fecha en Génova á 28 de agosto de 1557.—Simancas.—Secretaría de Guerra, mar y tierra, legajo núm. 66.

Este documento forma parte de una preciosa coleccion de 16 piezas importantísimas que me han sido facilitadas por el muy ilustrado literato D. Aureliano Fernandez Guerra.

Jefes.	Infantería.	Número de hombres.
Navarrete.	Españoles.	6.000
Alonso de Cáceres.		
Conde de Mega.	Valones.	4.500
Conde de Pembroke.	Ingleses.	8.000
Lord Grey.		
Lord Clinton.		
Conde de Doverstein.	Alemanes altos [1].	20.000
Conrado de Pemelberch. . . .	Gastadores.	4.500
Jorge Van-Hol.		
	TOTAL INFANTERÍA.	43.000

CABALLERIA.

Duque de Brunswick.	Alemanes de la banda negra [2], de los cuales 1.200 eran ligeros de los llamados *Reiters*, y 500 españoles. .	4.800
Enrique de Brunswick. . . .		
Conde de Mansfeld.		
Conde de Hoorne.	Alemanes altos, flamencos é ingleses.	12.206
Conde de Aremberg.		
Mr. de Noirquelme.		
	TOTAL CABALLERÍA.	17.000

ARTILLERIA.

80 piezas de varios calibres.

Componiendo así un total de 60.000 hombres y considerable tren de batir. Debe tenerse en cuenta que esta cifra solo aparece en documentos posteriores á la fecha de 10 de agosto, y que no es posible confirmar su exactitud.

A este gran ejército, y especialmente cuando se puso al frente el rey Felipe, estaban anejos, además

[1] Así están clasificados en todas las relaciones, por ser procedentes de las provincias del alto Rhin y Danubio.

[2] Se distinguian con este nombre por llevar toda la armadura y arneses de color negro.

del Consejo de S. M., gran número de caballeros principales de la córte de Flándes, y un pueblo de vivanderos que con los carros, pertrechos de guerra, provisiones y servidumbre, aumentaron el campamento en proporciones muy superiores á las que realmente tenian las gentes de armas.

El pensamiento militar de Felipe de echarse sobre la frontera de la Picardía fué de tal importancia que el éxito superó á todas las previsiones. Eligióse la plaza de San Quintin por ser la llave de aquella provincia; enclavada en el centro de la mejor línea defensiva en la region del N. que tenia la Francia, y una vez en poder de los españoles, poca ó ninguna resistencia habrian de encontrar los invasores para enseñorearse del interior.

San Quintin se halla situada en una pequeña eminencia que manda la campiña en el radio de dos leguas, y asienta en la márgen derecha del rio Somma, cuyas aguas en aquella época, quebrándose en brazos informes y mezclándose con las de varios manantiales, producian lagunas y pantanos en torno de los muros de la ciudad, constituyendo así una defensa natural por toda la parte S. S. O. La de Levante estaba defendida por una cortina interrumpida de gruesos torreones precedida de un ancho foso; mas la forma contínua y regular de toda la

muralla, era más propia para servir, como sucedió, de seguro y constante blanco á los proyectiles del sitiador, que no de acertada línea de defensa, en razon á no tener fuegos cruzados. [1] Entre el rio y los pantanos media una lengua de tierra por la que se comunicaba la ciudad con el arrabal llamado de la Isla, situado en la orilla izquierda; y la comunicacion única de San Quintin con dicha márgen del Somma tenia lugar por el estrecho puente de Rouvroy. El acceso del arrabal á la poblacion era difícil, porque la puerta de entrada estaba defendida por una obra avanzada y por un canal ancho y profundo que recorria la muralla. Además del rio y los pantanos, ofrecian las fortificaciones de San Quintin muy buena resistencia, especialmente en toda la mitad de su recinto S. y S. O. como ya se ha dicho, porque siempre los Reyes de Francia, habiendo comprendido su importancia, la atendieron con preferencia, escepto en esta ocasion en que todas las miras, como se han visto, fueron dirigidas á la frontera de la Champaña; así fué que al presentarse el ejército español el 2 de agosto delante de la plaza,

[1] Además de los planos que se acompañan tomados de la ya citada obra, *Siège de Saint-Quentin*, me han sido facilitadas curiosas é importantes noticias por el señor brigadier D. Crispin Ximenez Sandoval, que ha tenido ocasion en sus viajes de apreciar las condiciones de aquella ciudad y sus inmediaciones, donde ha permanecido algun tiempo.

solamente habia dentro su Gobernador el capitan Brueil, y poco más de 100 hombres de la compañía del Delfin, mandada por su teniente Mr. de Teligni.

El duque de Saboya acometió la plaza con tan estremada rapidez, que las compañías españolas de Julian Romero y Carondelet se apoderaron instantáneamente del arrabal de la isla, sin que la guarnicion tuviese tiempo de reponerse siquiera del estupor que le produjo tan brusca arremetida. La caballería ligera recorrió todo el perímetro, y el resto del ejército se distribuyó circunvalando los muros en torno de toda la parte E. N. y N., apoyando sus flancos en el rio. La cortina de Levante era el frente débil, y el arrabal el vigía y punto avanzado capital para asegurar el éxito del ataque y neutralizar los efectos de un socorro á los sitiados, de cuyas condiciones militares, hecho cargo el de Saboya, estableció sus fuerzas en el acto, haciendo jugar sus baterías desde aquellos puntos.

El gobernador de San Quintin, temiendo perder en pocas horas la plaza de su mando, dió aviso el mismo dia al almirante Coligni, el cual, deduciendo la situacion del enemigo por el movimiento hecho sobre Guisa, habíase avanzado hácia la frontera de la Picardía, y encontró al emisario que le llevaba la funesta nueva del asedio. Dirigióse con cinco compa-

ñías al pueblo de Ham por parecerle, y con mucho acierto, menos arriesgado desde aquel punto el acceso á la plaza, y caminando de noche y con los que pudieron seguirle, entró en su recinto el 3 de agosto con escasos 500 hombres, habiéndose estraviado ó perecido el resto de las compañías que debian seguirle. Su presencia infundió la fuerza moral consiguiente á su elevada reputacion, y sus atinadas disposiciones para la defensa devolvieron á los contristados habitantes la confianza que habian perdido. Examinó con detencion las murallas, organizó el servicio interior, é informado de que la cantidad de víveres bastaria para tres meses, hizo comprender á los defensores que su interés y el de la patria consistian en evitar que la ciudad cayese en poder del enemigo por un golpe de mano, pues que la resistencia prolongada, aunque con trabajo, daria lugar á un socorro del grueso del ejército no distante.

Afirmado en este principio salvador, intentó varias salidas nocturnas para hacer comprender al enemigo que contaba con recursos, no solo para resistir, sino para rechazar, aunque todas fueron infructuosas, desmembrando de la guarnicion exígua, porcion no escasa de defensores por las pérdidas que sufrió en aquellas tentativas, contándose en este

número la de Teligni. No ocultándosele el riesgo en que se hallaba, pidió socorros con celeridad á su tio el Condestable, que, con el ejército francés, habia avanzado desde *Pierre-le-Pont* hasta la *Fère*, pueblo distante tres leguas de San Quintin. Montmorency envió al mariscal de *Saint-André* con 4.000 infantes mandados por el coronel *d'Andelot*, cuñado de Coligni, y 500 caballos á las órdenes del duque de *Enghien*, cuya fuerza debia ser dirigida desde Ham por un oficial llamado *Vaulpergnes*, conocedor del terreno, y que fué el portador de la peticion del socorro al Condestable. Proyectaron los capitanes franceses en la madrugada del 5 de agosto simular un ataque con la caballería por un punto apartado de la circunvalacion, mientras que d'Andelot con la infantería debia marchar por el camino de Savy á cruzar los pantanos é introducirse en la ciudad por el barrio de Pontoilles.

Atento el de Saboya á las prescripciones militares más sabidas, vigilaba y cubria todas las avenidas de la ciudad, fijando su atencion con empeño en la direccion de Ham, de donde presumia que vendria el socorro á la plaza. Sabedor además del proyecto de los franceses por un desertor inglés, envió aquella noche el conde de Mansfeld con 1.000 caballos, y á Navarrete con 800 infantes españoles

y 500 alemanes á situarse en los pasos más difíciles de aquel camino, y con tal oportunidad tomaron sus medidas, que á las dos de la madrugada fué deshecho d'Andelot con todos los suyos, víctima de una emboscada, habiéndosele causado gran destrozo y siendo perseguido por Mansfeld y sus caballos. Perdieron los franceses en esta derrota cuatro banderas, siendo una de ellas la del mismo d'Andelot, á cuyo jefe se creyó muerto por las noticias de algunos prisioneros.

Este descalabro si no amilanó el espíritu enérgico de Coligni, le hizo adoptar medidas estremas para la defensa, en la que se propuso emplear únicamente los brazos útiles; y con objeto de que los víveres no escasearan y sirviesen tan solo para las verdaderas necesidades del sitio, hizo salir de la plaza más de 700 personas entre mujeres, niños y ancianos, cuya determinacion daba á entender lo resuelto que estaba á una tenaz resistencia. [1]

Aumentáronse las baterías y la fuerza en el arrabal, y los sitiados pegaron fuego á las casas esparcidas que entre aquel punto y las murallas servian

[1] Para los detalles del sitio véase la citada obra francesa *Siége de Saint-Quentin*, el tomo IX de documentos inéditos para la *Historia de España*, por Salvá y Baranda, y los comentarios de Rabutin en el tomo VII de la *Nouvelle collection des memoires pour servir l'histoire de France*.

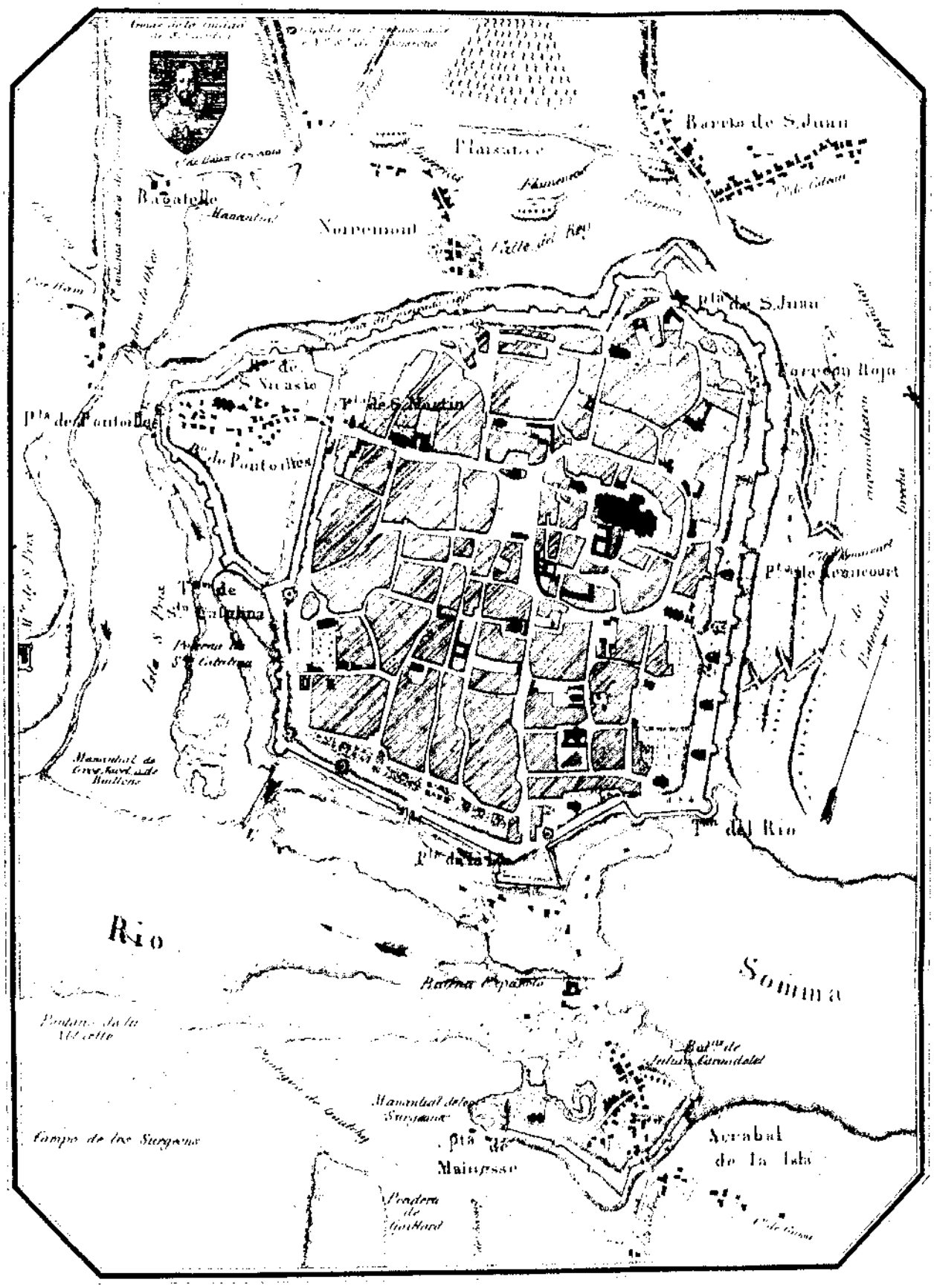
de proteccion á las avanzadas españolas; mas con esto solo consiguieron dejar más desembarazada la línea de fuegos de las baterías de brecha asestadas contra la cortina S. Mientras ardian las casas inmediatas al arrabal, se produjo una voladura en un antiguo almacen de pólvora próximo á la puerta de la Isla, causando un destrozo tal en la muralla, que ocasionó una brecha de fácil acceso para 25 hombres de frente; pero las llamas y el humo del incendio de los caseríos impidieron el que los sitiadores se apercibiesen de aquel accidente, que indudablemente habrian aprovechado para hacerse dueños de la ciudad. Los esfuerzos de Coligni y de los habitantes durante aquella noche remediaron tamaño desastre, y á la mañana siguiente estaba reparado el daño, apareciendo cerrada la brecha con más consistencia que antes del destrozo, pero aquella desgracia causó la muerte á 40 hombres, entre ellos cinco oficiales, pérdida doblemente sensible por lo que disminuian los defensores.

El mal éxito de la empresa de d'Andelot llegó en breve á noticia del Condestable, y resolvió ir en persona con el ejército á meter dentro de San Quintin á todo trance la mayor fuerza posible, visto que era inútil hacerlo por la astucia. Era el proyecto afirmar con faginas y tablones el paso de los panta-

nos de la Abbiette, y cruzar en barcas el Somma para entrar por la poterna de Santa Catalina, cuyo plan, hecho conocer por Coligni á su tio, confirmó este por sí en un reconocimiento que el dia 8 hizo con 6.000 hombres, de las inmediaciones de la plaza, y de la fuerza y situacion de las tropas del duque de Saboya.

PLANO DE LA CIUDAD DE S. QUINTIN

en 1557.



Escala de

VIII.

La batalla.

Determinado el Condestable á socorrer á viva fuerza la plaza, reunió el dia 9 de agosto sus tropas en la Fère, y dió órden al mariscal Saint-Andréc que estaba en Ham, de que se le reuniese en la mañana del dia siguiente con las de su mando en Jussy. [1]

El dia 10 á las nueve de la mañana presentóse el Condestable Montmorency con todas las fuerzas reunidas, que se elevaban al número de 20.000 infantes, 8.000 caballos y 18 piezas de artillería de varios calibres, y dirigióse inmediatamente á ocupar las alturas que por la parte S. O. dominaban las márgenes del Somma. Formaban parte de su cortejo personajes tan acreditados como el príncipe de

[1] Consúltese para la mejor inteligencia de este capítulo, el plano topográfico de las inmediaciones de San Quintin, en el que las letras mayúsculas indican la posicion de los combatientes, como se irá viendo.

Condé, el duque de Enghien, el mariscal de Saint-Andrée, el duque de Nevers y toda la flor de la nobleza francesa que no habia ido á Italia con el duque de Guisa.

El compuesto de sus tropas era tan heterogéneo como el de todas las que en aquella época presentaban las naciones para la guerra, figurando, así como en el ejército de Felipe, gran número de alemanes asalariados, gascones, ingleses y una buena parte de veteranos franceses.

El apuro en que se encontraba San Quintin, precipitó al veterano Condestable á una empresa meditada con mejor intencion que reposado cálculo militar.

Era su objeto introducir en la plaza, por el lado de Abbiette é isla de Saint-Prix, la mayor fuerza posible, y surtirla de víveres y repuestos para asegurar el éxito de una defensa prolongada, pretendiendo hacerlo á viva fuerza, pasando el rio á la vista del enemigo y sacrificando para ello algunos soldados, cuyo número nunca previó que fuese el que resultó.

Poco afortunado fué en el reconocimiento que el dia anterior hizo sobre las posiciones del sitiador y puntos más á propósito para el ataque; pero más desacertado anduvo cuando sobre el mismo terreno

eligió sus posiciones y desenvolvió su plan de ataque. Redújose este á cañonear desde las alturas de Gauchy, señaladas en el plano con las letras I. R., el campamento español, mientras que bajo la proteccion de estos fuegos deberia d'Andelot pasar el rio en diez ó doce barcas chatas y muy desiguales, que para aquel objeto habian podido reunir con dificultad.

Para asegurar este movimiento, mandó al príncipe de Condé que se apoderase del molino próximo que habia en los altos de Gauchy, defendido por dos compañías españolas, destacadas allí de toda la fuerza de Julian Romero, que guarnecia el arrabal de la Isla. No fué tenaz la resistencia, y en breve el molino cayó en poder de los franceses, con lo que tuvieron en jaque al arrabal, impidiendo ser hostilizados por aquella parte; mas no era este el punto vulnerable ni el verdadero apoyo del flanco derecho del ejército de socorro.

No faltó quien advirtiera al anciano general francés que podia esponerse el ejército á ser envuelto por las tropas sitiadoras si, como era de temer, repasaban el rio y caian sobre su retaguardia; pero el Condestable, mal informado ó muy seguro de su proyecto, respondió que llegaria tarde, porque el único paso sobre el rio por la parte de Rou-

vroy solo permitia dos hombres de frente, y que mientras esta operacion se verificaba, él habria introducido en la plaza el socorro suficiente, y estaria á gran distancia para que fuese molestado en su marcha. Por este desden hácia una prevision militar tan justa, sufrió un descalabro de que hay pocos ejemplos en la historia.

A los primeros disparos de cañon, el duque de Saboya puso en armas su campo, y así que vió la mala disposicion del enemigo, y que le dejaban espedita la comunicacion de Rouvroy, comprendió, con la prontitud y acierto propios de un genio verdaderamente superior, las ventajas que de aquella jornada podria sacar. Era la ocasion de ejecutar con rapidez, al mismo tiempo que con cautela; y conociendo las condiciones de los jefes que tenian á sus órdenes, se dirigió sin vacilar al conde de Egmont para que secundase su brillante pensamiento.

Lamoral, conde de Egmont, príncipe de Gavre y gobernador de Flándes, era un caballero flamenco de los más aguerridos y acreditados de su época, ardiente en la ejecucion, elocuente en sus arengas, gallardo en sus ademanes y temible en su arrojo, habiendo sido necesario no pocas veces contener su ímpetu y llamarlo á la moderacion, porque sus exagerados bríos le hacian traspasar con frecuencia

los límites de lo conveniente y oportuno. Ya se ha dicho que á este bizarro caudillo estaba encomendado el mando de la caballería, y ninguna ocasion más á propósito podria presentarse para que luciera sus brillantes cualidades en el desempeño de una funcion tan propia de su carácter, y tan adecuada á sus instintos belicosos.

Filiberto de Saboya dispuso que la caballería ligera pasara inmediatamente el rio para molestar el flanco derecho de los franceses, y evitar que se corrieran en esta direccion, y se opusieran á que lo cruzasen todas las fuerzas que debian acumularse en la orilla izquierda.

Fué el conde de Egmont el encargado de esta evolucion, no sin que antes le recomendase el general en jefe la mayor prudencia en el acometer, hasta que no viese los bastantes escuadrones para asegurar bien el éxito, y sobre todo mientras no distinguiese muy próximas las columnas de infantería que el mismo duque de Saboya habia de conducir.

En tanto que este movimiento se preparaba, los arcabuceros españoles daban buena cuenta de los atropellados franceses que, llenando las barcas con un número de soldados superior al que podian contener, perecian en el rio sumergidos, ó quedaban estancados en los pantanos de las márgenes, siendo

blancos certeros é impotentes de los soldados de Julian Romero, Cáceres y Carondelet.

A pesar de sacrificio tan costoso, logró por fin introducirse en la plaza d'Andelot, con escasos 400 hombres; pero al mismo tiempo los ginetes al servicio de España ya habian chocado con los ligeros de Francia, apostados con el duque de Nevers por el lado de La Neuville, para contener un ataque de los sitiadores.

Insensiblemente iba creciendo el número de la caballería española y arreciando los encuentros, á tal punto que aquellas, en un principio escaramuzas, fuéronle pareciendo al Condestable lances de armas empeñados con formalidad, y así resolvió emprender la retirada, toda vez que, segun él imaginaba, San Quintin tenia ya el socorro que habia menester, si no todo el que se propuso darle.

Viniéronle á decir al mismo tiempo que del campo enemigo pasaban fuerzas á la márgen izquierda, pero despreció el aviso, firme en su idea equivocada, de que pocos, y muy despacio, podrian cruzar el rio; mas era el caso de que por aquel puente cabian, no solo dos hombres, sino de 15 á 18 de frente; y además, no lejos de aquel paso, habian habilitado Navarrete, Schwendi y Owerfsen [1]

[1] Histoire d'Emmanuel Philibert de Savoie.

otro á la ligera con tablas y maderos, carros y barquichuelos que facilitaba el poner en la orilla opuesta mucho mayor número de tropas del que nunca pudo imaginar Montmorency. Dió este su órden de retirada hácia la Fère, pero encaminándose hácia Jussy por la antigua Via Romana, disponiendo que la empezase la artillería, siguiendo á esta la infantería, despues la multitud de carros y gente allegadiza de vivanderos y paisanaje, cerrando la retaguardia toda la caballería, cuyo mando se reservó, haciendo que el príncipe de Condé y el duque de Nevers contuvieran á los ginetes enemigos que veia esparcidos al costado derecho y que parecian amagar un ataque más sério, y acaso pudiera molestarle en su retirada. Erà su afan ganar cuanto antes el bosque de Montescourt, más allá del pueblo de Essigni, en donde ya podria estar á cubierto de un ataque desigual, y llegar sin contratiempo al término de su jornada.

Si poco atinado estuvo en la eleccion de sus posiciones al presentarse ante la plaza, mucho menos discreto fué al retirarse tan tarde, y dió muestras de una impericia lamentable al emprender su marcha sin observar y proteger sus flancos.

La caballería de Condé y de Nevers, aunque reunidas, no pudieron sostener mucho tiempo el

choque de los ginetes de Egmont, que creciendo por instantes, avanzaban como las olas del mar enfurecido sobre aquel puñado de valientes caballeros que, rotos y dispersos, fueron á caer sobre su misma retaguardia, desconcertando de improviso el buen órden con que el viejo Montmorency creia llegar á la Fère.

Mientras esto pasaba, el grueso de la caballería española se deslizaba por el flanco izquierdo del ejército francés, siguiendo los valles de Harli, La Neuville, Urbillers y Benay, siempre á cubierto de las tropas en retirada, por las cumbres que los separaban, sin que un flanqueador, ni un solo disparo, ni la señal más insignificante anunciase á los fugitivos la proximidad de un número tan considerable de tropas enemigas.

Al ver el general francés su retaguardia descompuesta, quiso hacer frente y se aprestó al combate, pero habíase trasmitido el desconcierto á los bagajes y vivanderos que á su vez produjeron el espanto y confusion en la infantería; haciendo imposible, por aquella sucesion de desórdenes, el regularizar una defensa ni utilizar la artillería, que, diseminada y entorpecida, no pudo jugar en los momentos oportunos.

Sucedia esto á las tres horas de marcha, y cuan-

do ya el francés, al descender de la meseta de Essigni iba á tocar su anhelado bosque de Montescourt, mas cuál fué su asombro al verlo ya ocupado por las tropas españolas que, habiéndole avanzado en su marcha, aparecian envolviéndole. (F. M. N. B.) Resuelto el Condestable á resistir ó perecer en la demanda, dispuso la batalla [1] en la union de los caminos y lomas inmediatas (E. O. Q.), dando la direccion de la vanguardia y flanco derecho al Reingrave con sus corazas negras y piezas de campaña, y él se encargó de la retaguardia para contener al enemigo. En este crítico momento fué cuando dirigiéndose á un anciano oficial de los de su séquito, llamado Doignon, le dijo: *¿Qué haremos?* A lo que le contestó: *no lo sé; pero hace dos horas os lo hubiera podido decir.* [2] Ya no era tiempo, en efecto, de reflexionar, sino de combatir con la ayuda de Dios, porque el instante era decisivo.

Egmont, respondiendo á su bien sentada fama de arrebatado, se precipitó sobre la caballería francesa, siendo rechazado su primer ataque impetuoso, y corriendo el albur de rehabilitar el espíritu francés con un triunfo que, aunque momentáneo,

[1] Histoire d'Emmanuel Philibert, duc de Savoie par Demonpleinchamp.

[2] Siège de Saint-Quentin, pág. 52.

pudiera haberle sido muy provechoso, mas afortunadamente llegó Filiberto de Saboya y ordenó el combate.

Filiberto tomó el mando del centro, y dió el del ala derecha á Egmont y á los condes Mansfeld y de Hoorne, encomendando el ala izquierda á los duques de Brunswik y al conde de Aremberg. Las dos alas cayeron sobre la caballería francesa con tal ímpetu, que apenas dieron tiempo para una débil resistencia, convirtiéndose aquel choque en tantos lances personales como ginetes habia. El Reingrave y sus alemanes se rindieron pidiendo cuartel, y los gascones y alemanes emprendieron la fuga despavoridos. Los veteranos tercios franceses hicieron un desesperado esfuerzo, y reunidos en un altozano (K) formaron los espesos cuadros erizados de lanzas, y vomitando fuego los arcabuces del centro, cuya fortaleza contuvo las cargas de la caballería española, poco tiempo, es verdad, porque llegando el duque de Saboya asestó su artillería contra aquellos formidables baluartes, y una vez quebrantados fueron rotos en pedazos por los ginetes de Egmont, que buscando solo dónde herir, hicieron correr materialmente arroyos de sangre francesa por aquellos valles, producto de una matanza encarnizada y sin tregua que las armas de Felipe II ejercian con furor

en la frenética pasion de la lucha y en la embriaguez de la victoria.

El desgraciado Condestable decidió morir en la demanda, y se lanzó en lo más recio de la lucha para no tener que dar cuenta á su Rey de la catástrofe de aquel dia; pero quiso la Providencia que su falta militar la expiase durante los pocos años que le restaban de vida, y herido en un muslo fué hecho prisionero por un soldado llamado Sedano, de la compañía de D. Enrique Manrique, aunque la palabra de cautivo la dió al capitan Valenzuela, [1] siendo llevado en seguida á presencia del duque de Saboya, que mandó se le atendiese y respetase como correspondia á su elevada clase y grande infortunio.

Cuatro horas llevaban de combate, y el sol tocaba á su ocaso, y vencidos y vencedores rendidos de la fatiga dieron tregua por fin á aquella sangrienta escena que ha venido hasta nosotros como recuerdo imperecedero de una gloria nacional, y como lastimoso ejemplo para los militares de una imperdonable falta de los principios más fundamentales en la guerra.

Muy variable es la cifra de los muertos y prisioneros, y de la pérdida total del ejército francés en aquel dia, pero se da como la más probable que

[1] Documentos justificativos núm. 3.

perecieron 6.000 infantes, 3.000 caballos, 300 gentiles-hombres, 10 caballeros del servicio de S. M. de los 40 únicos que habia en toda la Francia; haciéndose además 6.000 prisioneros, entre ellos 10 coroneles, 30 capitanes, 16 piezas, 60 banderas y 50 estandartes, y cogiéndose un rico botin de alhajas, oro y dinero que se repartieron con profusion entre las bandas mercenarias.

Las pérdidas de las tropas de Felipe ascendieron á 1.000 hombres, aunque hay autores que suponen haber sido nada más que 57.

El duque de Enghien, acribillado de heridas, cayó tambien prisionero, espirando á los pocos momentos en la tienda del duque de Saboya, el cual hizo que el cadáver de aquel malogrado caballero fuese devuelto á la Fère al dia siguiente para que su ejército le hiciese los funerales que merecia.

Entre los prisioneros notables lo fueron, segun relacion auténtica, el Condestable de Francia y su hijo menor el duque de Montpensier, el duque de Longueville, el mariscal Saint-Andrée, el Reingrave, la Roche-Dumayne, Rocheford, el vizconde Turnay y el baron de Curton.

Á los prisioneros que habian servido como asalariados, se les dió libertad despues de exigirles juramento de que en cuatro años no habian de to-

mar las armas contra el Rey de España, reteniendo los demás en el campamento para exigir por su rescate, segun la costumbre, sumas proporcionadas á su fortuna y gerarquía.

Los restos del ejército francés llegaron de noche sobrecogidos á la Fère, y su desaliento subió de punto al saber la verdadera y considerable pérdida que habian sufrido, y que su jefe estaba prisionero; temiendo con fundamento que en breve el ejército del duque de Saboya se hiciera dueño, sin obstáculo, de la capital de la monarquía. Esta debió ser la inmediata consecuencia de aquel favorable suceso, pero la reflexiva capacidad del Rey Católico dejó perder tan brillante ocasion, manteniéndose en la frontera sin obtener los resultados que correspondian á tan favorable hecho de armas.

El dia 11 recibió Felipe II la noticia en Cambray de aquella señalada victoria, y el dia 13 llegó al campamento, donde hizo pública manifestacion al duque de Saboya del aprecio que le merecia por tan memorable triunfo. Llegó con refuerzo de tropas, entre ellas el contingente inglés,[1] gran repuesto de víveres y municiones y piezas de grueso calibre.

Nada influyeron en su ánimo los consejeros para que marchase sobre París directamente; temia de-

[1] Documentos justificativos números 2 y 4.

jar á la espalda la plaza de San Quintin, y suponia encontrar obstáculos en el interior que destruyeran sus esfuerzos é invalidasen la victoria del dia de San Lorenzo. Todo lo que produjo su entusiasmo y satisfaccion, como Rey de España, y como primera victoria alcanzada desde que empuñaba el cetro, fué perpetuar la memoria de aquel dia erigiendo el suntuoso monasterio del Escorial.

Comunicó tan fausta nueva á su padre en una relacion oficial, por cierto poco luminosa, [1] acompañada de una carta, en la que, entre otras cosas, se lee: «Y pues yo no me hallé allí, de que me pesa lo que V. M. puede pensar, no puedo dar relacion de lo que pasó, syno de oido.» [2]

Dirigió luego sus esfuerzos á tomar la plaza, consiguiéndolo el dia 27 de agosto, despues de un asalto general por los frentes S. E. y N., y de haber casi pulverizado, con minas y las baterías de brecha, toda la cortina de Remincourt.

El sitio y toma de la plaza, no siendo el objeto de este escrito, ni mereciendo, como acontecimiento militar, que se le dé una señalada importancia, puede verse en cualquiera de las obras ya citadas, *Siège de Saint-Quentin* ó *Memorias de Rabutin.*

[1] Documentos justificativos, núm. 4.
[2] Papeles de Simancas.—París, Hôtel Soubise.

Los trabajos y peripecias del asedio y del asalto mismo, decaen considerablemente al lado de la famosa batalla descrita, en que las armas españolas quedaron por la inteligencia de su caudillo y bravura de las tropas en tan alto puesto, que despues de tres siglos aun descuella entre nosotros como glorioso estandarte de imperecedera victoria.

Mucho se ha querido atenuar por escritores estranjeros el éxito de aquel combate, del cual dijo Filiberto de Saboya, «que la batalla habia sido ganada sin grandes esfuerzos de su ejército, y que si su infantería y caballería hubiesen sido regimientos de mujeres, el mismo resultado hubieran obtenido, porque no tuvieron que hacer más que perseguir fugitivos, matar y hacer prisioneros; de tal suerte estaban las tropas francesas sobrecogidas de terror.» [1]

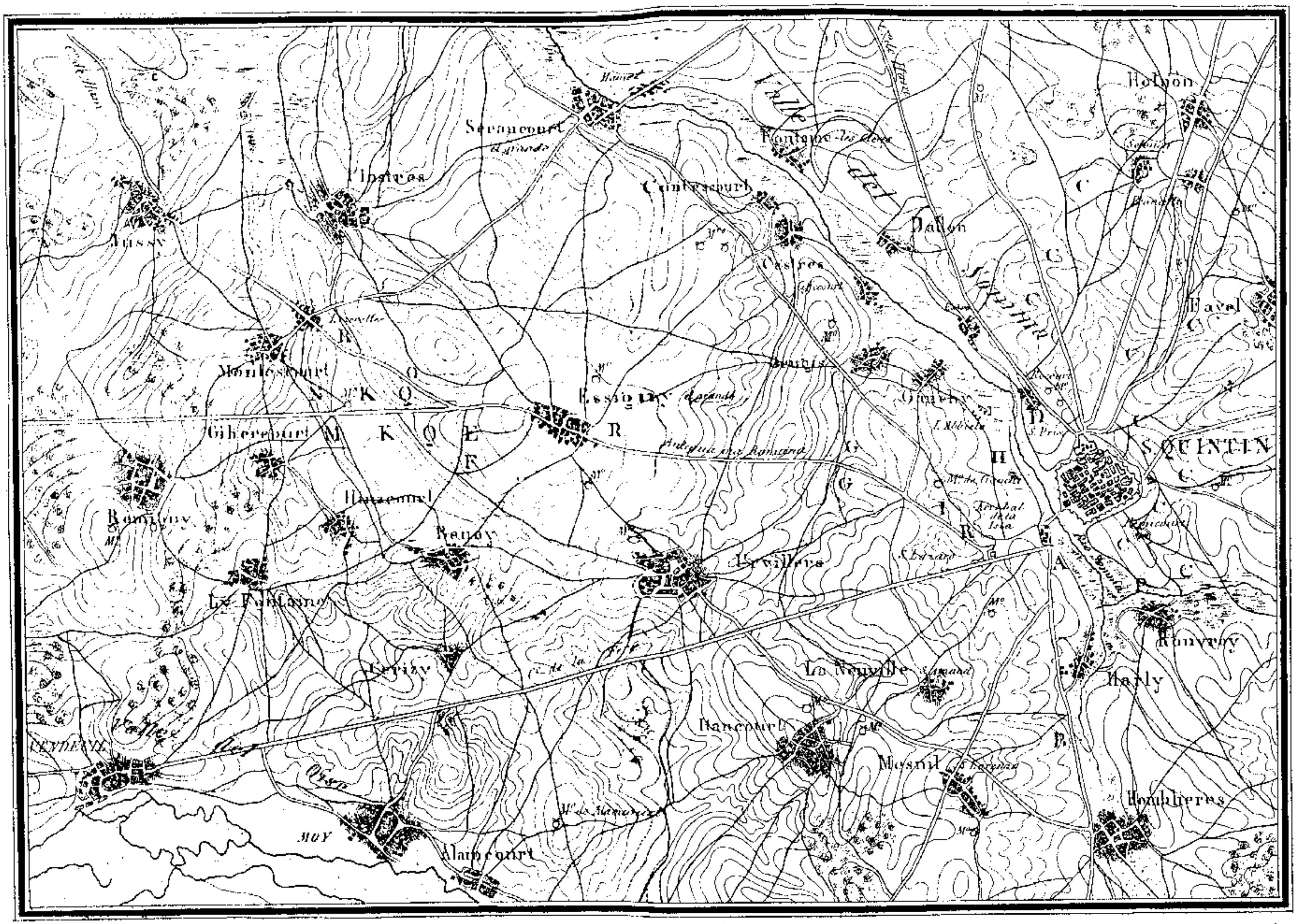
Si no puede admitirse tan exagerada apreciacion, de todo lo referido se deduce claramente sin embargo que el glorioso triunfo de San Quintin fué debido, no solo únicamente á la impericia y atropellamiento del Condestable más que al inferior número de fuerzas francesas, sino esclusivamente á

[1] *Notice sur le duc Emmanuel Philibert de Savoie, par Mr. Gamard, membre de l'Académie royale de Belgique.*—Estr. du XXII, n. 11, et 12, *des Bulletins*, pág. 21.

la rápida ojeada militar y elevada inteligencia del duque de Saboya, que con tal acierto y prontitud supo desenvolver sus tropas y verificar uno de los más hábiles movimientos en el campo de batalla, cual fué el de cortar la retirada á su enemigo.

Croquis para la inteligencia de la Batalla de S. Quintin en 1557.

tomado de la nueva edicion del Sitio de S. Quintin *publicada en dicha Ciudad en 1859 por Mr. Ch. Gomart*



Escala de $\frac{1}{80.000}$

BIBLIOTECA NACIONAL

DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS.

DOCUMENTO JUSTIFICATIVO NÚM. 1.

Plan de campaña adoptado en Bruselas por los del Consejo de S. M. C.

EL OBISPO DE ARRAS AL REY DON FELIPE II.

(*Mémoires de Granvelle*, tomo v, pág. 115.)

Bruselas á 4 de julio 1557.

S. C. R. MAGESTAD:

No ha podido el Duque hazer fastagora la empresa de Rocroy como lo esperaba, quando últimamente se embió al Conde de Horne, por haver crescido los enemigos de fuerzas, tardado la flota del trigo mas de lo que se dezia, y no haverse podido hallar forma para recoger de un golpe tanto dinero quanto era menester para juntar y hazer salir en campaña la gente que se tenia; entretanto han labrado los enemigos en la fortificacion, de manera que la empresa se ha hecho mas difícil, segund la relacion que dan de la obra las espías, ni seria buen consejo emprenderla de propósito en los terminos que agora está, sinque primeramente se reconozca mejor; para lo cual se ha ofrecido el Coronel Svendi con dos mil hombres escogidos de su coronelía,

y aun de intentarse á sobresalto, y tomándola desculdada, hallasse aparejo para poderla hurtar; si lo acometerá ó no, depende de los avisos qne tuviere y de lo que viere.

Mas considerando que ya la gente para formar el campo viene de todas partes, y que, siendo la sazon tan adelante, no es bien perder el tiempo y el dinero, subiendo á tanta suma lo que cada dia se gasta, sin procurar de aprovecharse del exercito, se ha juntado hoy el Consejo sobre esto; y despues de haberse debatido todo, y considerado por una parte cuanto importa á V. M. en esta jornada no ponerse facilmente en cosa con que no salga, y por otra parte lo que le conviene procurar de ganar todo lo que se pudiere de reputacion, y la importancia de que seria poder acabar de tomar alguna de las tierras que en la opinion ón los franceses son fuertes, señaladamente sobre la Soma, ó Montreul, pues tomándolo, como á V. M. con el dicho Conde se avisó, se gana Boloña y Ardres y todo el Boloñés, y se descarga de grandes gastos, de muchas guarniciones que por reparo contra aquella parte es menester sostener; y que por lo de Mesieres es forzoso, para salir con la empresa, tomar Rocroy y quizá Maubert-Fontaine, y que en qualquier destos lugares quizá será menester tiempo y mucha municion de pólvora; no se hallando fastaquí tanta quanta seria menester para tantas baterías, y no se pudiendo en lo que de todo esto querrá hazer V. M. resolver sino en presencia, para que entre tanto se haga algo, y que se encaminen las cosas á propósito de lo que V. M. quisiere resolver; y porque el ayuntamiento del campo se haga de manera que sea menos daño de la provincia y que sea todavía de tal suerte que de principio no venga á padecer señaladamente la cavallería que deshecha difícilmente se tornará á rehazer; y para reconoscer tambien mejor si todavía se podria acometer Rocroy,

pues importaria tanto haverle assí para la empresa de Mesieres, si azia allá se huviesse de encaminar V. M., y que con tomarle quedaria nuestra Mariébourg, sin mas travajo y sin haverla de acometer, como por el respecto que se tiene que si una vez acaban de fortificar el dicho Rocroy, lo qual podrán facilmente hazer este año, si agora no se toma teniendola los enemigos juntamente con Mariébourg, Maubert, y Mesieres ternan muy gran oportunidad para dende allí, sin que se les pueda estorvar, y sin embargo de los fuertes de Phelippe-Ville y Charlemont, correr y dañar las tierras de Lieja, de Brabante y de Henault, y será insuportable el gasto que para reparo contra este mal será forzoso sostener de ordinario; sobre estas consideraciones y ser incierto, como dicho es, á qué empresa V. M. se resolverá, há parescido, y tal es la resolucion que se há tomado, que para los doce deste mes vengan á juntarse en Florines por diversas partes y en un mesmo dia sin ruido las coronellas de Clas van Hatstat y Lázaro de Svendi, y los españoles que están en Lucemburg, demas de la gente de M. de Mega, los mil cavallos de M. de Horne que estan en Lovayna, y las compañias de cavallos-ligeros que estan ázia esta parte, dexando las otras que estan ázia Artois sin que por agora se muevan por descuidar los franceses y amparar aquella parte; y que con los arriba dichos vengan tambien á Florines las compañías de cavallos ordinarios de las bandas que cerca de allí estan, y que para recebir la dicha gente y hazerles vivir en llegando con regla, se encaminen desde luego ázia allá M. d'Egmont y M. de Bigincourt que haze el oficio de maestro de campo-general, que allí llaman mareschal de l'host, y que viernes que viene salga de aqui el Duque por hallarse en la dicha compañía, con la qual iria á reconoscer Rocroy, que lo podrá hazer assí acompañado con mucha seguridad, y tanto mas que por tener las

espaldas mas seguras, lo demas de la gente, assí de cavallería como de infantería alemana, de quien se van tomando las muestras se irán encaminando ázia el dicho Florines, que es lugar por donde qualquier camino que huviesen de hazer, entrando en esta provincia para ir ázia los enemigos han de pasar ó muy cerca dél; y si reconosciendo que havrá el Duque el dicho Rocroy hallare facilidad para poder esperar que se pueda ganar brevemente y comodidad para servirse ázia aquella parte de todas las fuerzas en que es menester mirar, y oportunidad para sostener la cavallería sin que á falta de comodidad dende el principio se venga á deshazer, cerrar desde luego con la dicha gente el dicho Rocroy para que non les pueda entrar mas gente ni otro recaudo y hazer seguir todo lo demás del campo, para que allí se haga la massa y ayuntamiento del todo, sirviéndose del rio de la Mosa, para lo de las vituallas, y de las tierras de los enemigos, si hay aparejo, ora sea ázia Maubert, ó otra parte; y remediando que el dicho Maubert ni Mariébourg cerca de la qual se podrian poner algunas guarniciones no nos den estorvo á las dichas vituallas; y quando hallasse el dicho Duque que no fuesse cosa que se pudiesse emprender sin aventurar de perder mucho tiempo, podria con la gente que arriba se dize, con que irá á reconoscer, encaminarse seguramente, no obstante las fuerzas que al presente franceses tienen, por la via de Simay y del trou de ferro ázia Cambressi; y l'artilleria con la demás infantería que despues se huviesse juntado á Florines tomaria el camino de Beaumont ázia Avaines ó Landresi, para seguir al Duque y cavallería alemana dende Florines iria por esta parte de la Sambra; de manera que en el dicho Cambressi lo mas cerca que se pudiesse de las tierras de los enemigos, por acomodarse dellas y escusar el daño de los amigos se hiziesse la massa del campo para dende

allí caminar sobre el enemigo adonde á V. M. paresciesse; y yendo repartida la gente, como arriba se dize, hará menos daño que si marchasse todo el exercito junto con una massa por estos estados; entretanto que el dicho Duque estará con la gente arriba dicha cerca de Rocroy, y que lo demas del cuerpo del exercito se encamina ázia Florines, como es verissimil, que los enemigos encaminarán lo mejor de sus fuerzas ázia aquella parte, se terná oportunidad para cercar qualquier otro lugar que S. M. quiera acometer, y cerrarle de manera que non pueda entrar en él mas gente ni provision de la que ya entonces estuviere; y si fuese Montreul, los ingleses juntamente con alguna parte de los españoles de Hesdin, y la gente de pié que está en Artois con los cavallos que allí hay, lo podrian hazer, como tambien se hallará forma para cercar assimesmo ó el Chastelet, ó otro lugar que bien pareciere; y este es el fin á que se pretende por la determinacion tomada oy, y por hazer algo que todavía no pueda estorvar lo que V. M. quiere hazer, como pienso que el Duque lo servirá á V. M.

Con esta irá copia de lo que me scrive Polweiler. Espántome que no haya havido mis despachos, y he dado reprehension sobre ello á los de la posta, y oy le embio otro despacho por el quarto; mas aquí quedará todavía la letra firmada de V. M. y ahun los XII^{m} escudos; fasta tanto que tengamos sus reversales y que entendamos la respuesta que dará el Rey de Romanos. Plegadios sea buena, y qual se desea. Paréscseme que el dicho Baron ha bien y pertinentemente respondido á V. M., como por la dicha copia de su carta lo verá V. M., á la qual embio el despacho de Malineo, como me lo havia mandado. Y N. S. guarde V. M.—De Bruxellas, á 4 de julio 1557.

DOCUMENTO JUSTIFICATIVO NÚM. 2.

Demostracion de que se llevó el ejército sobre San Quintin por órden y pensamiento de Felipe II, y de que el contingente inglés no se encontró en la batalla.

(*Archivo de Simancas.—Estado.—Legajo núm.* 514.)

COPIA DE

Carta descifrada de Su Magestad á Su Alteza: de x de Agosto (1557): Serenisima Princesa, etc. Al tiempo de mi partida de Inglaterra respondí á vuestras cartas quellevo ensu zabra el Capitan Juan de Cantala, y tengo por cierto ha dias quesera llegado, yo vine á Brusellas contoda la diligencia quepude, y sin perder tiempo entendí en dar prisa aquese tomasse la muestra á la infanteria y cavallería Alemana y á los Españoles y á las vandas deste pays y toda la otra gente, y enque caminasse y que el duque de Saboya se adelantasse como lo hizo y fuesse á reconocer á Rocroy ques vn nueuo fuerte que han hecho los franceses cerca de Marinburg y la disposicion del sitio de la tierra y á la difficultad de la prouision de las vituallas fue causa que aquellos nose pudiesse tentar como se pensaba hacer siendo cosa de llenar en pocos dias no embaraçando lo mas substancial, y assy se passó adelante yentro nuestro campo en Francia por

tal parte que los enemigos nunca pudieron entender adonde declinariamos yestuieron suspensos conla gente, que tenian junta, y haciendo nuestro campo despues algunas demostraciones hazia Guisa la proueyeron de gente y por nuestra órden que se dió muy atiempo, el duque boluio sobre Saint Quintin, y la sitió como mejor pudo y la hallo demanera quese sabe que noay dentro mas de hasta ccc (o) cccc.° infantes y cc caualios con el Almirante, y despues hasucedido loque vereis porla relacion quesera conesta y con hauerse tomado el burgo y deshecho la mayor parte de las once vanderas conque tentaron á socorrella, setiene por cierto que assentandole la artilleria y dandole las baterias quese ledaran, se tomara breuemente que siendo esta plaça tan grande y de tal reputacion y tan aproposito para lo destos estados yoffender al Rey de Francia, seria de la mayor importancia quese podria encarescer, yo he desseado en gran manera estar en el campo por dar mayor fauor y calor atodas las cosas pero no se hapodido hacer mas porque los Ingleses no han llegado y sin ellos ha parescido que nodeuia passar, yentretanto he embiado algo caualleria é infanteria quequedaua atras que hasido muy conueniente para acabar de sitiar y assegurar latierra yme parto mañana miercoles onze deste y llegare el jueues siguiente temprano con los dichos Ingleses y diez vanderas de Alemanes y con la resta de la artilleria y municiones y mucha provision de victualla, y nose perderia hora ni punto de tiempo en assentar las baterias que ya se van haciendo las trincheras y se hará todo lo vltimo por rendirla, que lo queria mucho mas que por asalto por conservar la infanteria española y sucediendo, como esperamos en nuestro Señor que sucedera, se mirara lo que mas se deue emprender y hacer que sera segun el tiempo y las ocasiones, etc.

Sigue tratando del modo de juntar dinero.

DOCUMENTO JUSTIFICATIVO NÚM. 3.

Formalidades observadas al hacer prisionero al Condestable de Francia.

En un manuscrito de la biblioteca del Escorial, ij—V—3, publicado en el tomo IX de documentos inéditos para la *Historia de España*, se encuentra el siguiente párrafo:

«Llegó á hablar á S. M. un caballo ligero de la compañía de D. Enrique Manrique, que se llamaba Sedano, natural de Abia, tierra del marqués de Aguilar, y dió á S. M. un estoque, y le dijo: «Yo soy el que prendí al Condestable de Francia: su estoque es este. Suplico á V. M. me dé de comer en mi casa.» S. M. le dijo: «Yo os lo prometo.» Besóle la mano y levantóse. Es cosa muy antigua entre gente de guerra, que el general es del general, y el Rey del Rey; pero á quien le prende le dan diez mil ducados. Entre este soldado y el capitan Valenzuela hay diferencia, porque dice el Valenzuela que á él le dió la fé el Condestable y la manopla, pero sábese de cierto que el soldado le prendió. Dice el soldado que el capitan Valenzuela le ayudó á pasar á cuestas al Condestable un paso estrecho: ha sido menester que lo declare el Condestable: «Señor, V. S. es cristiano en su conciencia, y por la fé de caballero que diga quién le prendió, si soy yo: que aunque sea soldado no se maraville V. S., que

con los soldados hace el Rey la guerra.» Dijo el Condestable: «Por cierto que es verdad que vos me prendistes, y os dí mi estoque y me tomastes mi caballo; pero la fé la dí al capitan Valenzuela.» Y porque entre Españoles no se usa esto de dar la fé, se han concertado el soldado y Valenzuela, que de la merced que S. M. hiciere al soldado, sea obligado á darle dos mil ducados. Este Valenzuela fué capitan de infantería, y agora no lo era.»

DOCUMENTO JUSTIFICATIVO NÚM. 4.

Carta que Felipe II dirigió con fecha 11 de agosto de 1557 á Suarez de Figueroa, su embajador en Génova, incluyéndole la relacion oficial de la batalla de San Quintin; relacion que se menciona y fragmento de la carta que escribió Figueroa á la princesa gobernadora remitiéndola aquel relato.

(*Archivo de Simancas.—Secretaría de Guerra, mar y tierra.—Legajo número* 66.)

EL REY:

Comendador Gomez Suarez de Figueroa de nuestro Consejo y nuestro Embaxador, ya debeis saber como habiendose junctado la gente de mi egercito que aquí tengo, *hordené* [1] que se pusiese sobre San Quintin, que es una plaça de las mas importantes quel Rey de Francia tiene por estas fronteras y como tal ha hecho y haze todo el esfuerço posible para socorrella, mas hasta agora no le ha çuçedido como pensava porque demas de aver tomado mi gente el burgo del dicho lugar y hecho otros

[1] Una confirmacion más de que fué idea esclusiva de Felipe II el sitiar á San Quintin.

buenos efectos que habreis entendido, ayer dia de San Lorenzo hubo tal vitoria contra el Condestable de Francia y los que venian en su compania para entrar en la dicha tierra, que he mandado se os envie luego la relacion que vereis de todo lo que pasó, para que lo comuniqueis á los de essa illustre República por lo mucho que savemos que holgaran de entenderlo como subçeço que tanto ymporta á mi reputacion y bien de mis cosas, dezirseloheis con las palabras que hos paresciere ser aproposito, y hareis dar luego mi carta al principe Andrea Doria porque le escribo lo mismo. Yo quedo dello con el contentamiento que podeis considerar, y dando á nuestro Señor las gracias que se deben, y espero en él que asi çubçedera lo demas, de lo cual se os dara aviso siempre que mañana me juntare con mi exercito sobre San Quintin; a vuestras cartas se responderan con otro. De Chateau Berna a once de agosto 1557 de mano de S. M. La Relacion que va con esta enviareis luego á España con correo propio, y esta tambien para que S. M. sepa esta buena nueva si el correo llegare antes que los que van por aca y envialde derecho á Yuste.—Yo el Rey.

Relacion del suceso de San Quintin hasta los 11 de agosto 1557.

Despues que se ganó el burgo de Sanct Quintin, que fué á los seys deste mes de agosto, ha subcedido que no quedando ninguna gente que cerrase el lugar por aquella parte, sino la que quedó dentro del dicho burgo, y no abiendo sino una puerta, y siendo pantano á dos partes dél, no era necesario guardar por allí la campaña. Ayer, dia de Sanct Lorenzo, á las ocho

horas de la mañana, llegó el Condestable de Francia en persona con treinta vanderas de alemanes altos y diez y ocho de franceses viejos y nuevos con veinte piezas de artillería gruesa y de campo, y como tenia nueba que la mayor parte de nuestra caballería havia salido de nuestro egército á hazer escolta al Rey nuestro señor, que habia de partir de Cambray para juntarse con su exército, aunque no partió S. M. aquel dia por causas importantes, teniendo designo el Condestable de meter gente por la ribera y pantano con unos barquillos que los del lugar tenian, como lo hicieron, que pusieron en ellos obra de ciento y cinquenta hombres, y metieran más si no lo estorbara el tercio del maestro de campo Navarrete y parte de la arcabuzería del maestro de campo Cáceres y haber visto salir nuestra cavallería, y llegados que fueron los enemigos assentaron su artillería en parte donde sin rescebir daño del burgo tiraban al cuartel de nuestra caballería; mas viendo que no podian hazer efecto se retiraron, y el duque de Saboya mandó salir la mayor parte della cavallería y fué con ella en persona al opósito de los enemigos, dexando ordenado lo del exercito como convenia, llevando consigo un regimiento de tudescos y parte de la infantería española, los quales, no pudiendo caminar tanto como la cavallería ligera, picandoles y entreteniendolos, llegaron los herreruelos y lanzas y dieron dentro los cavallos franceses y en parte de su infantería, y aunque pelearon algunos dellos, los más volvieron las espaldas y fueron rotos, y muertos muchos tudescos y franceses de pie, y presos hombres principales, y entre ellos Mons. de Auguien, tan mal herido que no se tiene esperança que bivirá, y el duque de Monpensier y dos otros cavalleros de la orden de Sanct Miguel y otros capitanes particulares, y tambien se dice que el Condestable fué preso, aunque hasta agora non se sabe

de cierto; nuestros caballos ligeros y herreruelos siguen la victoria y van en el alcance de la caballeria francesa, y como tienen tres leguas de retirada, se cree que pocos dellos escaparán, como ha subcedido de los infantes, que no escapó ninguno que no fuese preso ó muerto por ser en campaña rasa, de manera que queda la ciudad y los que están dentro, que son pocos, muy desconsolados y desanimados, y el Condestable habia recogido para esta jornada toda la mejor gente y mas escogida de Francia, con pérdida de la qual no les queda al presente fuerça de importancia, y se espera en Nuestro Señor que con tan buenos principios dara á S. M. mayores victorias.

El Rey nuestro Señor parte oy onze de agosto de Cambray para su campo á las seis oras de la mañana, y va á hazer jornada á cinco leguas, y mañana llegara á Sanct Quintin.

Despues desto ha subcedido que antes que S. M. llegase al dicho alojamiento le ha venido aviso cierto que quedan en prision las personas siguientes:

El Condestable, herido.

Su hijo menor.

El dicho duque de Mopensier (Montpensier.)

El duque de Longavila (Longueville.)

El Principe de Mantua.

El Marichal de Sanct Andres.

El Ringrave general de los Todescos (Rhingrave.)

El Roxa du maine (La Roche du Mayne.)

El Roxa fort (Rochefort.)

El Visconde da Toraina (Turnay.)

El baron de Curton.

Han sido presos cinco mill tudescos, los quales S. M. tiene por bien que se volvan a Alemaña con juramento que hazen que

non serviran á (otro) principe ninguno contra S. M. y les hace merced para el camino.

Han sido y así mismo presos mill franceses porque todo el resto fué muerto.

Muertos principales:

Mons. de Anguien (Anghien.)

El Conde de Vilars (Villa.)

Perdieron demas desto la artilleria, y de nuestra parte no murio sino un cavallero borgoñon.

Queriendo cerrar esta ha llegado otro aviso que las vanderas que se han tomado á franceses han sido cinquenta y dos con las que havia perdido Mons. de Andalot en la jornada de los quatro deste y onze estandartes, y desbaratado y muerto toda la caballeria que traya el Condestable que eran de quatro o cinque mill caballos entre ligeros hombres darmas y herreruelos á los quales los nuestros fueron siguiendo con la victoria hasta meterlos por las puertas del lugar de la Fera, y en resolucion se tiene por cierto que seran los muertos de infanteria y caballeria cinco mill hombres poco mas o poco menos, y los presos son los que esta dicho antes mas que menos, y los tudescos perdonados marchan ya para Alemaña y los mill franceses se trahen á Flandes.

La herida del Condestable es de un arcabuzazo en un muslo, pero no es cosa peligrosa.

Fragmento de la carta de Figueroa.

«Muy alta y muy poderosa Señora.

Á los 12 del presente escriví á V. A. con la fusta de Octavian de Ambrosio que esta al sueldo de su magestad y dí aviso de todo lo que asta aquella ora se ofrecia. Esta ago para daile á V. Al. de la Vitoria que nuestro Señor ha dado á la magestad del Rey nuestro Señor contra sus enemigos como V. Al. vera por la copia de carta y relacion que S. M. me mando escrivir y la original ymbio al emperador nuestro Señor porque asi me lo ha ymbiado á mandar S. M. que lo aga, no obstante que ya lo haya hecho por la via de Ingalaterra por lo qual sean dadas infinitas gracias a nuestro Señor, que no podia ser mayor vitoria ni á mejor tiempo segun en los términos que estavan las cosas de S. A. en todas partes, y mas en esta ciudad que estava muy alterada por lo que se avia hecho con los mercadores de quitalles las asignaciones que ha sido causa de que rompan algunos dellos.

De Genova á 28 de agosto 1557.—De V. Al. muy umilde servidor que los Serenísimos pies y manos besa—Gomez Suarez de Figueroa.»

ÍNDICE.

Páginas.

I.—Introduccion..... 7
II.—Abdicacion de Cárlos V..... 11
III.—Poder y circunstancias con que entraba á reinar Felipe II.. 19
IV.—Reseña general de las Córtes de Francia y Roma..... 25
V.—Resúmen de la campaña de Italia..... 35
VI.—La guerra en Flandes y primeras operaciones hasta sitiar á San Quintin..... 47
VII.—Embestidura de la plaza de San Quintin..... 61
VIII.—La batalla..... 73

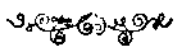
DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS.

Número 1.—Plan de campaña..... 93
Número 2.—Demostracion de que se fué á San Quintin por órden y pensamiento de Felipe II, y de que los ingleses no asistieron á la batalla..... 99
Número 3.—Formalidades con que fué hecho prisionero el Condestable..... 101
Número 4.—Parte oficial de la batalla, con la carta del Rey que lo remitia á su embajador Figueroa, y carta de este enviándolo á la Gobernadora de España.... 103

PLANOS.

Páginas.

Perspectiva caballera de la Plaza de San Quintin, terreno inmediato y colocacion del campamento español..... 60

Plano de la ciudad de San Quintin tal como era en 1557..... 72

Plano topográfico del terreno inmediato á San Quintin..... 88